



¿POR QUÉ TANTO SUFRIR?







¿POR QUÉ TANTO SUFRIR?

Un estudio bíblico
a propósito del domingo 10
del Catecismo de Heidelberg



ADRIAN J. MOGGRÉ

FELiRE

3





¿POR QUÉ TANTO SUFRIR?
Adrian J. Moggré

Primera edición: 1988
Segunda edición: 2001

Traductor: Rev. Juan T. Sanz

ISBN: 906311059-6
Depósito Legal:

Edita y distribuye:
FUNDACIÓN EDITORIAL DE LITERATURA REFORMADA
(FELiRe)
Apartado 1053 - 2280 CB Rijswijk - Países Bajos

Distribuye:
FUNDACIÓN EDITORIAL DE LITERATURA REFORMADA
FELiRe, Apartado 96.018, 08080-BARCELONA, ESPAÑA

Diseño cubierta y composición textos:
M. C. Ministerios Creativos
Apdo. 23022 - 08080 Barcelona

Impreso por Romanyà/Valls, S.A.
Verdaguer, 1 - 08786 Capellades (Barcelona)

Printed in Spain

4



índice

Introducción	7
Preguntas difíciles	9
Nuevas, pero viejas ficciones	13
El diluvio	17
Otras explosiones de la ira divina	20
A través del Mar Rojo	24
Hacia el Sinaí y en el Sinaí	27
Después del Sinaí	30
¿Quién es éste?	33
“Por Mí reinan los reyes”	37
Como gota y polvo	41
Testificar con audacia	45
El lenguaje de la fe	49
El testimonio de José	53
Libertad y responsabilidad humana	56
El papel que desempeña Satanás	59
La aportación del hombre	62
En días de dicha y prosperidad	65
En días de contrariedad y desdicha	68
Testimonio doblemente verdadero	71
Sigue su fe	75
El temor del Señor	78

5





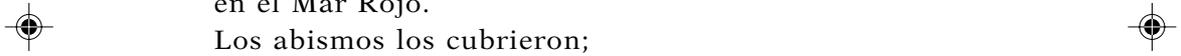
No temáis lo que ellos temen	82
Entender los tiempos.....	86
Conclusión.....	90





ADRIAN J. MOGGRÉ

Introducción



Cantaré al SEÑOR,
porque se ha magnificado grandemente;
ha echado en el mar al caballo,
y ha sido mi salvación.
El SEÑOR es varón de guerra;
SEÑOR es su nombre.
Echó en el mar los carros de Faraón y su ejército;
y sus capitanes escogidos fueron hundidos
en el Mar Rojo.
Los abismos los cubrieron;
descendieron a las profundidades como piedras.
Tu diestra, oh SEÑOR, ha quebrantado al enemigo;
y con la diestra de tu poder has derribado
a los que se levantan contra ti.
Enviaste tu ira,
y los consumió como hojarasca .
¿Quién como Tú, oh SEÑOR, entre los dioses?
¿Quién como Tú, magnífico en santidad,
terrible en maravillosas hazañas,
hacedor de prodigios?
Extendiste tu diestra;
la tierra los tragó.
El SEÑOR reina eternamente y para siempre.
(Éxodo 15:1-18).



¿POR QUÉ TANTO SUFRIR?



8





ADRIAN J. MOGGRÉ

Preguntas difíciles.

Desde tiempos muy antiguos los hombres se atormentan con preguntas acerca del sufrimiento. ¿De dónde procede y por qué hay que sufrir tanto dolor?.

¿Por qué unos lo pasan peor que otros? ¿Dónde se halla la razón de que éste nazca con una tara, y aquél pase por la vida sano y fuerte? ¿Por qué todo ese sufrimiento en las guerras, esa pobreza y esa hambre?.

En todas la épocas, estos interrogantes estuvieron a la orden del día y atormentaron al espíritu humano. Sencillamente, no es posible separarlos de la vida. Nadie puede pasarlos de largo, porque todo el mundo, en sí mismo o a su alrededor, tiene que ver o experimentar tanto dolor. Preguntas tales como las mencionadas surgen como la cosa mas natural y nos preocupan. Además, es preciso añadir que, frecuentemente, nos vemos impotentes porque no podemos echar una mano para cambiar las dificultades. Entonces se nos hace un nudo la garganta y se nos hace insoportable que no haya remedio contra ello. ¿Qué hacer si, por ejemplo, un recién nacido da señales evidentes de ser un disminuido psíquico?

Destrozados y mudos estuvieron los amigos de Job durante siete días junto a él, con los vestidos rasgados y la cabeza cubiertas de cenizas, hechos un espectáculo de miseria. Su compasión por el gran atormentado de

9





¿POR QUÉ TANTO SUFRIR?

Ur era tan grande y su problema les afectó tanto que durante aquel tiempo no pudieron pronunciar ni una palabra. Pero, ¿acaso no se interrogaron por qué su amigo debía sufrir tan desmedidamente?. En cualquier caso, poco después comenzaron a discutir al respecto. ¿Cuál era la explicación de este inescrutable curso de los acontecimientos? ¿Era Dios el que gobernaba? ¿Tenía el Altísimo algo que ver con estas miserias?

El gobierno divino de todas las cosas nos sitúa con frecuencia ante preguntas difíciles. Abraham experimentó este problema. En un momento dado, tuvo dificultades con la actuación de su Dios. El nacimiento del hijo prometido por el SEÑOR se retrasaba y, con el paso de los años, él y su mujer perdieron la esperanza. El camino de Dios se les volvió un enigma y Abram suspiró: “SEÑOR Jehová, ¿qué me darás siendo así que ando sin hijo, y el mayordomo de mi casa es ese damasceno Eliezer?” (cf. Gn. 15:2-3).

Interrogantes y problemas como éstos no les faltaron a los escritores de la Biblia. La Palabra de Dios no oculta la verdad de que el gobierno de Dios a veces nos pone ante lo incompresible. ¿No pregunta el autor del Salmo 42: “¿Por qué te has olvidado de mí? ¿Por qué andaré yo enlutado...?”

Más tarde, también los deportados a Babilonia se hallaron con los mismos problemas. No les pasaron desapercibidos a pesar de su propia ceguera; pero, sin embargo, no entendieron los propósitos de Dios con su pueblo; se preguntaron si algún día le iría bien a Israel, y llenos de dudas se lamentaron: “¿...Mi camino está escondido de Jehová y de mi Dios pasó mi juicio?” (Is. 40:27). En su opinión, el SEÑOR ya no se preocupaba más de





ADRIAN J. MOGGRÉ

su pueblo, y de esta forma se sintieron desasistidos y se atormentaron con la pregunta de cómo era aquello posible. ¡Todo un cúmulo de difíciles interrogantes!

El poeta del Salmo 22 también se halla en esas circunstancias, y ¿quién no conoce su emocionante lamento, posteriormente repetido por Jesús en la cruz: “*Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?*” (Mt. 27:46). David tuvo que sufrir el desprecio y la violencia de enemigos que amenazaban su vida, pues de todas las formas posibles intentaban destruirle. De esto se queja en el Salmo 22, y con un lenguaje muy imaginativo hace mención de lo que le hacían.

Era tan insoportable que por ello se consumía de tristeza y veía su vida en peligro. ¿No se lamentaba de que sus huesos estuvieran dislocados, de que su corazón desfalleciera en su interior, de que sus fuerzas flaquearan y de que su lengua se le pegara en el paladar? Pero, concretamente, temía lo mas grave, y por eso se quejaba: “*Me has puesto en el polvo de la muerte*”. Pensaba que Dios le abandonaba a su suerte, y esto representaba un enigma atormentador. ¿Qué pretendía el SEÑOR con todo esto? De ahí ese terrorífico “*¿Por qué?*” en este Salmo.

Preguntas como las que acabamos de mencionar han estado a la orden del día en todos los tiempo y siglos. Se repitieron constantemente y recibieron muchas respuestas. Hay que escucharlas con atención y gran discreción, pues aun cuando dos personas dicen lo mismo, no siempre quieren decir lo mismo. El uno pone el acento en algo diferente al otro, y no es raro que las mismas preguntas se hagan y se contesten carentes de fe. De uno llegan como un lamento salido de lo profundo, y de otro como una expresión de amarga rebeldía.

11





¿POR QUÉ TANTO SUFRIR?

Pensando teológicamente, es natural que uno se preocupe más de lo abstracto que de lo existencial. Muchos se acercan a esta problemática con dudas e incredulidad. Por el contrario, el salmista en su lucha espiritual nunca dudaba que el SEÑOR, su Dios, se ocupaba de la vida aquí en la tierra, y que su mano estaba presente en su dolor. Esto es incuestionable para él y para todos los escritores de la Biblia. Según ellos, Dios mismo es el primero y el último en todos los sucesos y acontecimientos en esta tierra. Tampoco lo pusieron jamás en duda hombres como Abraham, Job, David y los profetas. Abiertamente reconocieron a Dios como el origen motivado de todo lo que ocurre, sea próspero o adverso, sea el amor o el dolor. Así habló el SEÑOR por boca del profeta Isaías: *“...yo Jehová, y ninguno más hay... que formó la luz y creó las tinieblas, que hago la paz y creo la adversidad. Yo Jehová soy el que hago todo esto”* (Is. 45:5-7).

El pensamiento teológico moderno ya no puede reconciliarse con este mensaje de la Palabra de Dios, porque, cegado por la incredulidad, parte de otros presupuestos y opina que vivimos en un mundo cerrado donde no actúan influencias del exterior. Por eso la teología moderna no pregunta el cómo del gobierno de Dios; ha liquidado en gran parte la noción de ese gobierno y niega que el SEÑOR aún haga algo, ya sea en días de ventura o de desgracia. Otros incluso van más lejos. Pero sí que dudan de que el Todopoderoso traiga desdicha al mundo. ¿Acaso –dicen– Él no es bueno?





ADRIAN J. MOGGRÉ

Nuevas, pero viejas ficciones

Hoy día hay muchos que se detienen ante preguntas como las que hemos mencionado más arriba, pues no están ahí como llovidas del cielo. Por tal motivo, no es extraño ni casual que las enseñanzas del domingo 10 del Catecismo de Heidelberg se hallen en el centro de muchas discusiones. Se sufre tanto y tan masivamente en nuestros días, y los medios de comunicación lo traen con tanta frecuencia y de manera tan acuciante a los lectores, oyentes o televidentes en sus casas, que a nadie le extrañará que por el momento estos interrogantes llamen la atención en todas partes.

¿Gobierna el SEÑOR con su propia mano todas las cosas de tal manera que “la lluvia y la sequía, la fertilidad y la esterilidad, la comida y la bebida, la salud y la enfermedad, las riquezas y la pobreza y, en fin, todas las cosas, no acontecen sin razón alguna, como por azar, sino por su consejo y por su voluntad paternal”? (cf. Catecismo de Heidelberg., preg. y respuesta 27). Esta respuesta del Catecismo está muy mal vista hoy en día; y esto no por el hecho de que se aporten ponderadas y lógicas objeciones bíblicas. Pues si ése fuera el caso, ¡ya no hay más que hablar! Las Confesiones de Fe siempre apelan a las Sagradas Escrituras. Pero una gran parte de la oposición contemporánea contra el domingo 10 del Catecismo de

13





¿POR QUÉ TANTO SUFRIR?

Heidelberg es de otra naturaleza y, por tanto, no es bíblica. No son pocos los que opinan que la verdad cambia con el tiempo. Lo que antaño era verdad, divinamente verdad, ya no precisa serlo en nuestro tiempo. Según opinan y aseguran ¡hemos progresado tanto, sabemos tantas cosas y los tiempos han cambiado tanto que ya no podemos conformarnos con las palabras de una Confesión de Fe y con las palabras de las Escrituras, procedentes de tiempos que han pasado de moda! Pero la Iglesia de Jesucristo hará bien si no presta atención a estas voces. La Palabra de Dios sigue siendo la verdad hasta el retorno de Jesús, y es la única regla de fe y vida. Dejemos que la Iglesia siga repitiendo a su SEÑOR: *“Tu palabra es (la) verdad”* (Jn. 17:17). La verdad de la Palabra de Dios no depende de tiempos viejos o nuevos, de estos o aquellos patrones de cultura, ni del hoy o del mañana. Pues, *“toda carne es como hierba, y toda la gloria del hombre como la flor de la hierba. La hierba se seca, y la flor se cae; mas la Palabra del SEÑOR permanece para siempre”* (1 Pe. 1:24-25).

Por otra parte, la actual oposición a la doctrina de la Divina Providencia y su intervención en el sufrimiento, no es cosa nueva. La repulsa a esa doctrina es tan vieja como el mismo dolor. Recuerdo un conocido hombre de los principios de la Iglesia, Marción. Éste nació sobre el año 85 d. C., en Sínope, en la costa sur del Mar Negro, provincia del Ponto, y era hijo de un obispo. Si su familia hubiera sido descendiente de judíos, entonces el abuelo de Marción podría haber estado presente en la venida del Espíritu Santo durante la fiesta del Pentecostés judío en Jerusalén; pues allí también se encontraban judíos del Ponto, que oyeron a Pedro anunciar en sus propios





ADRIAN J. MOGGRÉ

lenguas las grandes obras de Dios. Ahora bien, Marción no quería saber nada del Antiguo Testamento. Lo encontraba demasiado crudo y sanguinario como para ser un libro de nuestro Padre celestial; y construyó una antítesis entre el Dios del Antiguo Testamento y el del Nuevo Testamento, –según los calificó. Del primero no quería saber nada; le era demasiado cruel y ebrio de sangre. ¿Acaso ese “Dios de los judíos” no arrojó a su Pueblo en la miseria , y lo visitó con azotes y plagas? Marción no quería ni oír hablar de esto. No quería reconocer que el SEÑOR Dios, el Padre de nuestro Señor Jesucristo, tuviera algo que ver con las miserias humanas. Por eso creó la mencionada antítesis, para escoger por lo que él llamaba “el Dios del Nuevo Testamento”. Éste, según él, era el buen Dios que no se enfadaba ni castigaba ni juzgaba ni mataba. Marción atribuía el dolor y las miserias al hombre mismo y al diablo. Como es natural, esto le llevó a un conflicto con la Biblia, de tal manera que dejó a un lado el Antiguo Testamento, y sólo se quedó con gran parte de las cartas de Pablo.

Después de Marción, el interrogante acerca de la procedencia del sufrimiento permaneció a la orden del día, es decir, el interrogante de si Dios mismo actuaba de alguna manera en el dolor. Se preocuparon constantemente de este tema no sólo los sencillos sino también los doctos. Esto ocurría, por ejemplo y para no ir tan lejos en la historia, después de la Primera Guerra Mundial. También entonces se desataron muchas discusiones en torno al problema de la providencia divina. Aún recuerdo las disputas que aproximadamente hace 40 años surgieron con motivo de la aparición de los sensacionales libros del escritor alemán Erich María Remarque. Su no-

15





¿POR QUÉ TANTO SUFRIR?

vela “Im Westen nichts neues” (“Sin novedad en el frente”) estremeció las conciencias. En este libro, que fue traducido a 25 idiomas y alcanzó una tirada de más de ocho millones de ejemplares, el autor describía los terribles desastres de la guerra de 1914-1918 en Bélgica y norte de Francia. Día a día, aquella lucha costó muchas vidas de jóvenes, mientras la influencia demoníaca y los deterioros psíquicos eran incalculables. Remarque escribió con mucha crudeza esos macabros acontecimientos. Los lectores se enteraron, asombrados, de aquellos horrores, y temblando se preguntaban: ¿Cómo pudo ocurrir esto? Con desengaño y amargura se escarnecía la Confesión de la Iglesia respecto a la dirección divina de todas las cosas. ¿El Dios de los cristianos permitía aquellos horrores de la guerra?

Ahora, después de la Segunda Guerra Mundial, después de Auschwitz, Biafra, Vietnam y las purgas de Stalin y Amín, vuelven a surgir las mismas preguntas ¿Es el SEÑOR el primero y el último en todos esos abominables acontecimientos? ¿Es Él el primer origen generador de los mismos? Esta es la pregunta que nos ocupa y que yo, en las siguientes paginas, quiero hacerle a la Biblia, la propia Palabra de Dios. Ella es nuestra brújula, la lámpara para nuestros pies y la luz en nuestro camino. Eso es lo importante en este aspecto en la actual dispensación de la salvación, y no lo que los hombres piensan, opinan, ven, sienten o juzgan, sean doctos o sencillos. La Sagrada Escritura es nuestra sabiduría, y nuestro Señor el mas grande profeta y maestro de su Iglesia. Por eso nos disponemos a consultarle a Él, y consecuentemente vamos a abrir las Escrituras.





ADRIAN J. MOGGRÉ

El diluvio

Desde las primeras páginas de la Palabra de Dios podemos conocer al SEÑOR como aquel Dios que vive y dicta sentencia en esta tierra. Me refiero al terrible acontecimiento del diluvio con el cual el SEÑOR castigó al primer mundo por su culpable impiedad. Este relato del justo castigo de Dios se lee en Génesis 6 a 8. Allí se describe detalladamente ese desastre y se menciona claramente que Dios mismo fue el primero y el último que intervino. No fue simplemente un desastre natural. La voz del juicio de Dios intervino, y fue terrible. El sufrimiento fue grande y muchos hombres, mujeres y niños perecieron en el mismo. Todos fueron cubiertos por el agua y no hubo para ellos refugio alguno. Ni árbol, ni tejado o monte sirvió de refugio, pues el agua los rebasó, de tal manera que todo y todos fueron arrancados y arrasados. La angustia y la desesperación de aquellas gentes debieron ser desgarradoras. El agua ascendía desde el suelo y caía desde el cielo. No hubo lugar donde no llegara ni vida que no fuera arrasada. Hombres y animales perecieron. Solo los animales recogidos en el arca, Noé con su mujer y sus tres hijos, junto con sus mujeres, escaparon del desastre. No más de ocho personas en total, pues ninguno de los restantes pudo ponerse a salvo; ni siquiera dentro del espacio seguro del arca, pues el SEÑOR mismo había

17





¿POR QUÉ TANTO SUFRIR?

cerrado aquella salida. Noé no pudo dejar entrar a nadie más. El SEÑOR había cerrado la puerta “con Sus propias manos”, cuando comenzaron a caer las lluvias y “fueron rotas todas las fuentes del abismo”.

La Biblia nos dice acerca de este desastre lo siguiente: *“Y vio Jehová que la maldad de los hombres era mucha en la tierra, y que todo designio de los pensamientos del corazón de ellos era de continuo solamente el mal. Y se arrepintió Jehová de haber hecho al hombre en la tierra, y le dolió en su corazón. Y dijo Jehová: Raeré de sobre la faz de la tierra a los hombres que he creado, desde el hombre hasta la bestia, y hasta el reptil y las aves del cielo; pues me arrepiento de haberlos hecho. Pero Noé halló gracia ante los ojos de Jehová”* (Gn. 6:5-8).

En este texto bíblico, el Espíritu Santo no difumina la verdad de que la mano de Dios, y solo ella, fue el origen motor del acontecimiento del diluvio. El SEÑOR mismo decidió, recapacitándolo y, por así decirlo en sentencia judicial, castigar a aquel primer mundo con todo lo que en él había y le pertenecía. Nadie necesita conjeturar acerca de los fundamentos de esta sentencia y el porqué de aquel desastre. La Palabra de Dios nos dice claramente que este desastre total fue un juicio del Creador mismo, su castigo sobre la maldad de aquella generación humana. En este diluvio era evidente que Dios mismo había sido el primero y el último en intervenir con su propia mano. *Él* lo hizo.

El SEÑOR únicamente salvó la vida de ocho personas. Así que el número de los supervivientes fue más bien pequeño; y aunque en cifras absolutas fue menos que las vidas perdidas en la guerra de Vietnam, por ejemplo, porcentualmente este desastre costó más vidas. ¡Qué gran





ADRIAN J. MOGGRÉ

dolor sobre aquella humanidad! ¡El SEÑOR es un Dios justo, un Dios que no permite que se rían de Él! Sin embargo, castigó no sin que primeramente diera a Noé la oportunidad de amonestar a sus coetáneos durante 120 años. Pero, ¿quién creyó su predicación? Los hombres no tuvieron en consideración su amonestación y, ¡cuántos se burlarían cuando veían a Noé ocupado en la construcción del arca! Y, al contrario que los posteriores moradores de Nínive, no se convirtieron. Continuaron viviendo como si nada grave flotara en el ambiente, y el arrepentimiento les llegó cuando ya era demasiado tarde.

Siglos después, el apóstol Pedro recordó este acontecimiento a los lectores de su segunda carta. Por la forma en que lo hace, es evidente que Pedro entendió “literalmente” el relato del diluvio y de la salvación de Noé y los suyos. Esto también era de esperar de este hombre que no quiso saber nada de “fábulas artificiosas” (cf. 2 Pe. 1:16). Literalmente escribe: *“Porque si Dios... no perdonó al mundo antiguo, sino que guardó a Noé, pregonero de justicia, con otras siete personas, trayendo el diluvio sobre el mundo de los impíos;...”* (2 Pe. 2:4-5). ¿La mano de Dios en el derrumbamiento del primer mundo?

Esto era cierto para el apóstol Pedro, aunque leyera el relato del diluvio en todo el contexto de Génesis 1 al 11 –el libro de los mitos, como lo considera la teología moderna. Pero ojalá que todo aquel que lo lea lo tenga muy en cuenta; pues, tal como ocurrió en los días de Noé, así acontecerá cuando retorne el Señor (cf. Lucas 17:26-27).





¿POR QUÉ TANTO SUFRIR?

Otras explosiones de ira divina.

Después de Génesis 6 al 8, no hay que pasar muchas páginas en la Biblia para encontrar nuevamente un acontecimiento crucial de gran significado histórico. Una o dos páginas más adelante leemos, en el origen de los hijos de Noé (Gen. 10), que las nuevas generaciones posteriores al diluvio se concentraron en la llanura de Sinar, pues tomaron la decisión de permanecer donde estaban, construir una ciudad con una torre tan alta como el cielo y hacerse un nombre (11:4). Posiblemente, sin decirlo en alta voz, pensaron: “¿Quién nos podrá hacer algo entonces? ¡La unidad hace la fuerza!” Pusieron manos a la obra y la construcción progresó sin cesar. Muy pronto tuvieron a punto el comienzo de una gran ciudad y también se podía ver una gran torre. Aquellas gentes hablaban en serio.

¿Y entonces?

Entonces “*descendió Jehová para ver la ciudad y la torre que edificaban los hijos de los hombres, y dijo Jehová:...ahora, pues, descendamos y confundamos allí su lengua, para que ninguno entienda el habla de su compañero. Así los esparció Jehová desde allí sobre la faz de toda la tierra...*” (Gén. 11:5,7-9). De forma sorprendente y definitiva el Todopoderoso intervino en la vida de estos hombres. No era posible echar marcha atrás. ¿Quién podía dar la vuelta a la situación?

20





ADRIAN J. MOGGRÉ

Casi página a página, las Sagradas Escrituras, especialmente en sus partes históricas, testifican de la presencia y actuación real de Dios en la vida de los hombres y en la marcha de los asuntos de aquí abajo. Estas narraciones no se encuentran en los relatos épicos. Sin embargo, el poder de Dios actuó con poder absoluto en la confusión de lenguas y otros casos. Desde el relato de la construcción de la torre de Babel hasta la siguiente manifestación de la intervención directa de Dios, no hay más que un instante. A comienzos del capítulo siguiente (Cap. 12), leemos que el SEÑOR sacó a Abraham de su propio entorno, y marchó con Sarai y su sobrino Lot hacía el país de Canaán; pero, una vez más, enseguida tuvo que partir de allí. Una época de hambre les obligó a tomar el camino del sur hacía Egipto. Esta marcha la recordarían por mucho tiempo pues casi le costó a Abraham perder a su mujer.

El malvado plan del Rey no siguió adelante. Quería llevar a Sarai a su harén. Así hacían los reyes en aquel tiempo. Pero su plan no prosperó. El SEÑOR aún estaba allí, y lo impidió, para evitar males mayores. Esto se nos comunica con un par de palabras cuando leemos: *“Mas Jehová hirió a Faraón y a su casa con grandes plagas, por causa de Sarai mujer de Abram”* (Gn.12:17). ¿Estaba la mano de Dios en la desgracia de este rey y de su casa? La palabra de Dios enseña claramente que el Todopoderoso rige, fuerza y conduce con poderosa superioridad todos los sucesos, grandes y pequeños en toda la tierra. Página tras página, da testimonio de ello. Por citar un ejemplo más, en el cap. 18, volvemos a encontrar una prueba incontestable de este gobierno divino en la marcha de los asuntos de la tierra. Me refiero a la lluvia de fuego

21





¿POR QUÉ TANTO SUFRIR?

y azufre sobre las ciudades de Sodoma y Gomorra. ¿Quién las arrasó? ¿A quién hay que agradecer que el justo Lot salvara la vida? Las Escrituras nos dicen: *“Entonces Jehová hizo llover sobre Sodoma y sobre Gomorra azufre y fuego de parte de Jehová desde los cielos; y destruyó las ciudades, y toda aquella llanura, con todos los moradores de aquellas ciudades, y el fruto de la tierra”* (Gn. 19:24-25). Además, casi de forma dramática se describe en Gn. 19 cómo unos ángeles sacaron a empujones de la ciudad a Lot y a los suyos, cómo su mujer se convirtió en estatua de sal y cómo las ciudades de Sodoma y Gomorra fueron arrasadas con fuego y azufre. Abraham lo vio suceder ante sus propios ojos: *“...y he aquí que el humo subía de la tierra como el humo de un horno”* (Gn.19:28). Todos los habitantes perecieron. De forma impresionante, también en este desastre estaba presente en la tierra el poder destructor de Dios, y también su mano poderosa actuó de manera terrible en la vida de los hombres. Fue algo horroroso. Durante la Segunda Guerra Mundial muchos europeos perdieron la vida, pero porcentualmente encontraron la muerte muchos más en Sodoma y Gomorra que durante esta última guerra, pues solo se salvaron tres: Lot y sus dos hijas. *“Nuestro Dios es fuego consumidor”* (He 12:29). Hace justicia, derecho y domina en todas partes.

Siglos después de la destrucción de Sodoma y Gomorra, el apóstol Pedro también señaló la desaparición de estas dos ciudades. Lo hace en el mismo contexto que cuando recuerda el diluvio. Al propio tiempo, menciona la salvación de Noé y la liberación del justo Lot. Esto es importante, porque de ello se evidencia claramente que el apóstol Pedro describe estos terribles acontecimiento como hechos históricos reales. El primero de Gn. 7-11, y el





ADRIAN J. MOGGRÉ

segundo después de Gn. 12, tanto Pedro como el Señor, los ponen uno junto al otro, para reconocerlos íntimamente unidos, y presentarlos como acontecimientos claros e históricos de la presencia de Dios, santa y justa, en los acontecimientos terrenales (cf. 2 Pe. 2:5-9 y Lc. 17:24-29).





¿POR QUÉ TANTO SUFRIR?

A través del Mar Rojo

El primer libro de la Biblia declara de forma impresionante que la mano de Dios bendice o castiga en la historia. La lectura imparcial de lo que nos comunica no permite otra conclusión. Esa acción de Dios en la historia está escrita en una prosa sobria, y no deja nada que desear en cuanto a claridad. Sin embargo, por motivo de la importancia del tema, deseo sacar a relucir todo aquello que, de manera incuestionable, la intervención de Dios en esta vida pone de manifiesto en cuanto a gracia y juicio. Por eso hay que leer en el siguiente libro de Moisés, en el Éxodo. Ya lo dice su nombre: es el libro de la salida de la descendencia de Jacob de Egipto. Con él, aparece ante nosotros un hecho grandioso al que merece la pena dedicar nuestra atención.

El Dios de Israel se levanta para salvar a su pueblo. Sabe cómo sufre en Egipto, cómo es amenazado, etc., y esto no le deja impasible. ¿No eran ellos los hijos de su amigo Abraham? ¿No se interesaría por ellos cuando se hallaran en necesidad? Oyó sus gritos de socorro, y esto le conmovió y le hizo actuar dando un giro favorable en el curso de su historia. En Exodo 2 leemos al respecto: *“...Y los hijos de Israel gemían a causa de la servidumbre. Y oyó Dios el gemido de ellos, y se acordó de su pacto con Abraham, Isaac y Jacob. Y miró Dios a los hijos*





ADRIAN J. MOGGRÉ

de Israel, y los reconoció Dios” (Ex. 2:23-25). Entonces se levantó el SEÑOR, y entró en acción. Se apareció a Moisés en una zarza ardiente, y seguidamente lo envió junto con su hermano Aarón a Egipto a interceder ante el Faraón por el pueblo, y a rogar por su liberación. Resumiendo: el SEÑOR toma del brazo, por así decirlo, a su pueblo de Israel, lo saca del país del Nilo, atraviesa con las tribus israelitas el Mar Rojo y los conduce por el desierto hacia el monte Sinaí. Antes de cruzar el Mar Rojo, la situación fue crítica. El Faraón perseguía a las tribus; su suerte parecía estar echada. Ante ellos estaba el mar, a izquierda y derecha los montes, y por detrás les acosaban los poderosos ejércitos de Faraón. ¿Qué hacer entonces? Moisés se dirigió al pueblo, y dijo gritando: “No temáis... Jehová peleará por nosotros, y vosotros estaréis tranquilos” (Ex. 14: (13)-14). Así ocurrió, y el SEÑOR abrió un camino en medio del agua, de manera que los israelitas se salvaron por la intervención de Dios.

Llegados junto al Sinaí, Dios ordenó a Moisés que dijera a las tribus “Vosotros visteis lo que hice a los egipcios, y cómo os tomé sobre alas de águilas, y os he traído a Mí” (Ex.19:4). Efectivamente, los hombres, mujeres y jóvenes israelitas habían visto actuar la mano poderosa de Dios. Había sido más que impresionante. Con gran demostración de poder, el SEÑOR había derribado ante sus ojos a los egipcios, y al Faraón lo había humillado. La última plaga, en particular, había roto las hostilidades. Todo Egipto lamentaba la muerte de sus primogénitos. ¿ De dónde provenía aquella muerte repentina de los primogénitos en los hogares egipcios? ¿Quién les quitó la vida y cubrió de luto a aquel pueblo? El Espíritu Santo responde a estas preguntas como sigue: “Y aconteció que

25





¿POR QUÉ TANTO SUFRIR?

a medianoche Jehová hirió a todo primogénito en la tierra de Egipto, desde el primogénito de Faraón que se sentaba sobre su trono hasta el primogénito del cautivo que estaba en la cárcel...” (Ex. 12:29). No había casa alguna sin un muerto.

¿Quién lo hizo?

¡El SEÑOR!

Con un mar de miserias cubrió a los egipcios; actuó duramente para conseguir un camino abierto a Moisés y al pueblo. Con mano poderosa abrió una senda en el mar. Fue algo grandioso y nunca visto.

¿Actúa el SEÑOR alguna vez?

Este éxodo a través del mar con todo lo que a este respecto había acontecido causó una profunda impresión en aquellos días hasta en los pueblos circundantes. Causó terror y temblor en las naciones limítrofes, de tal manera que el temor del SEÑOR se adueñó de aquellos pueblos, y se echaban a temblar cuando oían que los israelitas se acercaban (cf. Ex. 23:27; Josué 2:9 y II Cro. 20:29).

¿Está la mano de Dios en la historia?

Con fuerte superioridad el Todopoderoso hizo que el Faraón y su ejército perecieran en el mar, y que su pueblo Israel lo cruzara a pie, en seco. Así vieron estos israelitas la mano de Dios en la vida, dando salvación para unos, y para otros justo castigo. Moisés mismo quedó tan impresionado por lo acontecido que inspirado por el Espíritu de Dios cantó:

“Jehová es varón de guerra;...

Echó en el mar los carros de Faraón y su ejército...

Tu diestra oh Jehová, ha quebrantado al enemigo”

(Exodo 15:3.4.6)





ADRIAN J. MOGGRÉ

Hacia el Sinaí y en el Sinaí

La historia del pueblo de Israel está llena de intervenciones divinas. Cruzado el Mar Rojo, el SEÑOR acompañó a las tribus con una columna de fuego durante la noche, y con una nube de día. En Mara hizo dulces las aguas amargas, y en el desierto de Sin les dio codornices y maná. De esta manera, aquellas tribus llegaron a saber que el SEÑOR era Dios (cf. Ex. 16:2). Con razón, pues, Moisés les hizo notar, junto al monte Sinaí, que habían podido ver con sus propios ojos lo que el SEÑOR había inferido a los egipcios, y cómo había llevado a Israel hasta allí protegiéndolos como un águila.

¿Lo habían visto con sus propios ojos?

Así lo dijo Moisés; pero, ¿era verdad y cierto? ¿Habían visto los israelitas con la retina de sus ojos cómo había actuado Dios? Es lógico que Moisés no quería decir eso. Por medio de la retina de sus ojos sólo habían visto codornices y maná en el desierto de Sin y no vislumbraron la mano de Dios que estaba en aquellos acontecimientos. Esas cosas no se ven con los ojos de la cara. Pero la Iglesia de Dios tiene una manera propia de ver y hablar sin menoscabar la realidad. Con los ojos de la fe se tiene incluso una visión mejor del acontecer cotidiano, que por medio de las propias pupilas; pues con los ojos de la fe se ve mucho mejor la marcha y estado

27





¿POR QUÉ TANTO SUFRIR?

de cosas en el mundo. Es menester ser corto de vista, que para ver la verdad de hechos y acontecimientos históricos tengamos que depender de la cuestión de si esos hechos y acontecimientos son verificables o no mediante nuestro pensamiento y percepción. Porque sólo por el oído y el ojo de la fe se percibe la divina información de lo que está detrás de los hechos y acontecimientos; por esa razón, para el conocimiento de la verdad, es preciso estar entre los hijos de Dios. Ellos entienden por la fe *“que el universo ha sido constituido por la Palabra de Dios, de modo que lo que se ve fue hecho de lo que no se veía”* (Heb. 11:3).

Por la fe hombres y mujeres sencillos tienen una mejor visión del origen del cielo y de la tierra y de todas las cosas, que todos los doctos evolucionistas juntos. Por la fe los israelitas contemporáneos de Moisés vieron que el SEÑOR los había llevado como sobre alas de águilas, y los había conducido hasta Él junto al monte Sinaí.

¿Está la mano de Dios en la marcha de los asuntos de aquí abajo? Esto era incuestionable para aquellos israelitas. Había sido para ellos algo tan concreto, claro e imponente, y de tan decisivo significado para la historia de la supervivencia de Israel, que el recuerdo de la salida de Egipto y la entrada en Canaán, y de todas las cosas que entre tanto habían ocurrido en el desierto, permaneció en la memoria de Israel de generación en generación. El salmista lo recoge, y Nehemías, aún siglos después exclama gozoso: *“Tú solo eres Jehová; tú hiciste los cielos... Dividiste el mar delante de ellos... y a sus perseguidores echaste en las profundidades como una piedra en profundas aguas... y sobre el monte Sinaí descendiste, y hablaste con ellos desde el cielo, y les diste juicios rec-*





ADRIAN J. MOGGRÉ

tos, leyes verdaderas, y estatutos y mandamientos buenos”
(Neh. 9:6,11,13)

¡TÚ!

El SEÑOR lo hizo. Junto al Mar Rojo, durante el camino y en el monte, Dios mismo había venido a propósito. *Él* dio maná, agua de la roca y codornices. *Él* hizo dulce el agua amarga; y respecto a aquellas leyes y estatutos, no vinieron de Moisés ni fueron ideados por él. La ley del Sinaí, en el sentido propio de la palabra, no es una ley mosaica. Aquellas leyes eran leyes de Dios. Les llegaron directamente de su corazón paternal. Por eso el autor del Salmo 119 alaba las leyes y decretos del Sinaí como *tu* palabra, *tus* mandatos, *tus* estatutos y mandatos. Todo el Salmo 119 es un solo y continuo himno de alabanza a la Palabra de Dios.

En Horeb, –allí sí que Dios mismo hablo con Moisés y, por conducto suyo, al pueblo. Esto no fue un problema para Nehemías. Allí sí que la voz de Dios fue perceptible para el oído humano. Fue algo realmente muy especial y portentoso; pero no por eso dejó de ser una realidad plenamente histórica. Siglos después, Nehemías pudo alabar al SEÑOR por ello.





¿POR QUÉ TANTO SUFRIR?

Después del Sinaí

El Dios de Israel, Padre de nuestro Señor Jesucristo, no fue ni es la divinidad quieta e inamovible de tanta teología escolástica, ni el dios muerto o moribundo del cual apenas se percibe casi nada. No es un dios al que ya no se encuentra en la vida diaria. ¡No! ¡Él vive!

Él vivió antaño con Israel y después con la Iglesia. Él la guía en la prosperidad y en la desdicha. De vez en cuando, incluso, habló a los suyos con voz perceptible. En el Sinaí, tan real y concretamente como en el bautismo de Cristo en el Jordán o en su transfiguración en el monte. El relato que encontramos en la Biblia de estos hechos no es una invención ingeniosa y ficticia de almas religiosas, sino una referencia fiable de lo que allí ocurrió de forma perceptible por los sentidos. ¿No escribe el apóstol Pedro: "... y nosotros oímos esta voz enviada del cielo, cuando estábamos con él en el monte santo"? (2Pe. 1:17-18). Dios se ocupa de los suyos en la concreta y cotidiana realidad de su existencia. Su dicha y su desgracia están en su mano. Él condujo las tribus de Israel hacia el Sinaí, allí habló con ellas sobre la nueva vida que les esperaba, y a continuación marchó con ellos como nuevo y gran Rey de Israel hacia la tierra prometida.

En este último tramo del viaje volvió a evidenciarse claramente que al SEÑOR no le era indiferente lo que





ADRIAN J. MOGGRÉ

su Iglesia en el desierto hizo o dejó de hacer. Él observó atentamente lo que hicieron, y conoció lo que había en sus corazones. De Él podía decirse lo que después se lee de nuestro glorioso SEÑOR Jesús en Sus cartas a las siete "iglesias del desierto" de Asia Menor: "*Yo conozco tus obras*" (Ap. 2 y 3). El SEÑOR también puso un cuidado especial sobre los israelitas en el desierto. Si la fe decaía o la obediencia funcionaba poco o nada, entonces el SEÑOR se airaba y traía desdicha sobre Israel. Un claro ejemplo de esto fue la terrible suerte que corrieron los hijos de Aarón cuando quisieron entrar en el lugar santo con fuego extraño. Esto estaba en contra del orden divino, y les costó caro. El SEÑOR los castigó. A este respecto, leemos en Levítico: "*Y salió fuego de delante de Jehová y los quemó, y murieron delante de Jehová*" (10:2). Así se mostró el SEÑOR como el Santo que no deja que se mofen de Él, sino que debe ser temido y honrado.

Esto, pues, también tiene validez para su propio pueblo. Ciertamente Él intervino no sólo cuando fuera de las fronteras de Israel la situación se hizo insostenible; allí también, pues Él es el Dios de toda la tierra. Los egipcios, los filisteos y los cananeos lo experimentaron. Pero Él, en su justo juicio, también intervino violentamente en la vida de su propio pueblo, y provocó gran dolor sobre Israel. ¡Cómo castigó la falta de fe de los diez espías, y a la masa del pueblo en Cades! ¿No pronunció allí estas terribles palabras? Escuchemos: "*...Vuestros cuerpos caerán en el desierto. Y vuestros hijos andarán pastoreando en el desierto cuarenta años, y ellos llevarán vuestras rebeldías, hasta que vuestros cuerpos sean consumidos en el desierto... Yo Jehová he hablado*" (Núm. 14:32-35). Excepto

31





¿POR QUÉ TANTO SUFRIR?

Josué y Caleb, los dos espías que informaron con fe, todos los demás varones de veinte años para arriba morirían; y la joven guardia por debajo de los veinte años hubo de peregrinar durante cuarenta años en el desierto antes de que les fuera permitido entrar en la tierra prometida, y la pudieran tomar en posesión. Estos fueron los años calamitosos. Moisés aguantó en pie junto a los sepulcros de tanto muerto, de tal manera que, no sin razón, se lamentaba:

*“Porque con tu furor somos consumidos,
y con tu ira somos turbados.
Pusiste nuestras maldades delante de ti,
nuestros yerros a la luz de tú rostro.
Porque todos nuestros días declinan a causa de tu ira;
acabamos nuestros años como un pensamiento”*

(Salmo 90:7-9)

La mano de Dios apretó muy fuertemente en aquellos años a las tribus de Israel. Amarga fue su suerte por disposición de la ira de Dios. ¿Está la mano de Dios en la historia y en el sufrimiento?

Según esta pregunta, también puedo traer a la memoria aquel lamento de Jeremías tan conocido. Así suspiraba el profeta:

*“Jehová ha hecho lo que tenía determinado;
ha cumplido su palabra...
Destruyó y no perdonó;
y ha hecho que el enemigo se alegre sobre ti...”*

(Lam. 2:17)





ADRIAN J. MOGGRÉ

¿Quién es éste?

Con esta pregunta los discípulos de Jesús expresaron su admiración por el incomprensible poder y grandeza de su Señor. ¿No conocía límites aquel poder? Así parecía ser, pues con una sola palabra calmó el mar y apaciguó la tormenta. Esto se puede leer en Mr. 4:41; y literalmente, el asombro de los discípulos suena así : “¿*Quién es éste, que aún el viento y el mar le obedecen?*” Podemos imaginarnos que los discípulos estaban turbados y admirados cuando vieron lo que ocurrió ¿Qué hay que pensar de algo semejante? No sabían lo que estaban viendo ni comprendían nada de lo ocurrido. Tampoco había explicación al respecto, a no ser ésta: que el Maestro tenía un poder divino. Un poder que es tan incomprensiblemente grande que supera toda capacidad de comprensión humana. ¿Quién de los humanos es capaz de sosegar el mar embravecido con una sola palabra? ¡Ningún mortal! Pero, para el Señor, eso es una pequeñez; una sola palabra de su boca es suficiente. Así gobierna nuestro Padre celestial también aquello que acostumbramos a llamar Naturaleza. Las Sagradas Escrituras no nos permiten dudar de que también las fuerzas de la Naturaleza están bajo el dominio de la mano de Dios. Día a día sostiene y empuja toda la vida natural del hombre, animales y plantas. Por Él late el corazón y circula la san-

33





¿POR QUÉ TANTO SUFRIR?

gre; y por Él nos despertamos con salud esta mañana. Por Él brilla el sol, la lluvia cae y corre el viento.

Las Sagradas Escrituras nos señalan constantemente este gobierno divino sobre todo lo que vive. Con esto consoló Jesús a sus discípulos, e hizo que nos fijáramos en los pájaros y en las flores para que nos diéramos cuenta del cuidado de Dios sobre ellos. “*Mirad*”, dijo, “*las aves del cielo... Considerad lo lirios del campo...*” esas aves ni siegan... y , sin embargo, nuestro Padre celestial las alimenta. Luego les señaló los lirios del campo, y les hizo ver que ni trabajan ni hilan, pero Dios los viste con hermosura sin igual (cf. Mt 6:26-30). De la mano de Dios, Creador de cielo y tierra vive todo lo que existe. “*Él hace producir el heno para las bestias, y la hierba para servicio del hombre, sacando el pan de la tierra y el vino que alegra el corazón del hombre ...*” Salmo 104:14-15.

La Palabra de Dios indica constantemente esta actividad de Dios en la naturaleza. Esto confirma indudablemente que su mano está en todo lo que crece, vive y muere; y el Espíritu Santo no cree necesario indicar una y otra vez la necesidad del esfuerzo y mediación del hombre para que el grano de trigo se convierta en pan que alimento. Como es natural, eso lo sabe muy bien el Espíritu de Dios, y evidentemente no precisa convencer de ello al hombre que suda y se esfuerza. Él no cree que la criatura sea digna de tal honor; y los teólogos que hoy día no son capaces de escribir acerca del gobierno de Dios sin indicar el factor humano, harían muy bien en aceptar esta lección de las Sagradas Escrituras. Pues, si llega el caso, el hombre apenas puede mover ni una pluma fuera de la autoridad de Dios. En efecto, así dice el profeta: “*Como nada son todas las naciones delante de Él; y en su com-*





ADRIAN J. MOGGRÉ

paración serán estimadas en menos que nada, y que lo que no es” (Is.40:17).

Nuestro Padre celestial es el Dios que ha creado el mundo; que es SEÑOR de cielo y tierra, y que a todos da la vida, el aliento y todo lo demás. ¿Qué, pues, quiere el hombre? El SEÑOR según el apóstol Pablo, ha hecho de un solo hombre a todo el género humano para que viva sobre la faz de la tierra, y le ha determinado los tiempos y los límites de su morada (cf. Hch. 17:22 y ss.); o como canta el salmista:

*“Grande es el SEÑOR nuestro...
Él es quien cubre de nubes los cielos,
el que hace a los montes producir hierba.
Él da a la bestia su mantenimiento,
y a los hijos de los cuervos que claman...
Da nieve como lana.
Y derrama la escarcha como ceniza.
Echa hielo como pedazos...”*

(Salmo 147)

Al leer estas últimas palabras, me veo obligado a recordar una noche de noviembre de 1941. La ciudad de Smolensko había sido arrebatada a los rusos por las tropas alemanas, y Hitler se había presentado allí.

¡Ya estaba expedito el camino hacia Moscú!

Unos impresionantes ejércitos alemanes, compuestos de tres millones de hombres, cuatro mil aviones y tres mil tanques estaban preparados para poner a Rusia y a Moscú, su capital, a sus pies. Borracho de alegría y atrevimiento, el Führer de todos los alemanes llegó al frente de batalla situado en Smolensko; y entonces, en aquella famosa noche de noviembre, hizo una de las más bravu-

35





¿POR QUÉ TANTO SUFRIR?

conas arengas que jamás se haya oído pronunciar o leer. Esto quiere decir mucho, pues se explayó cuanto quiso. Así sucedió en aquella noche de Smolensko. La marcha victoriosa de sus ejércitos sobre los caminos y estepas rusos podía comenzar entonces, y ya nadie dudaba del final victorioso de su Führer. Con gran atrevimiento, el Führer anunció a gritos el triunfo de las legiones alemanas. Ya se veía sentado en un trono de oro en el Kremlin, rodeado por sus grandes. Sin embargo, muchos cristianos fieles a la Biblia recordaron las palabras del libro de Proverbios: *“Antes del quebrantamiento es la soberbia...”* (16:18); y allí estaban Moscú y Leningrado a lo largo de todo el frente de batalla, y Polonia ya conquistada. Pero muy pronto y con gran virulencia, a veces con temperaturas de 40 grados bajo cero, hizo acto de presencia el invierno ruso en el campo de batalla y sorprendió a todo el mundo; y aquellas nevadas y olas de frío resultaron catastróficas para los ejércitos alemanes. Las tropas no estaban suficientemente preparadas para aquello, de manera que tuvieron que sufrir muchísimo bajo aquellas oleadas de frío.

Parecía como si el SEÑOR arrojara el hielo a pedazos, de tal manera que nadie podía resistir aquel frío.

Los ejércitos alemanes no estaban preparados para aguantar tal prueba; y es indudable que aquel invierno ruso quebrantó el poderío alemán cerca de Moscú y Leningrado, y ayudó de tal manera a la resistencia rusa que tanto Moscú como Leningrado permanecieron en manos rusas durante toda la guerra.

¡El SEÑOR rige y gobierna!





ADRIAN J. MOGGRÉ

“Por mí reinan los reyes”

Al escribir sobre los acontecimientos de la última guerra mundial y sobre la violencia que entonces desataron los dirigentes de los pueblos, me viene a la memoria lo que la Palabra de Dios nos enseña en torno a los reyes y poderosos de la tierra. La mano del SEÑOR conduce y empuja la marcha de los pueblos, y decide sobre la guerra y la paz. En Babilonia, el profeta Daniel, guiado por el Espíritu Santo, lo expresó con estas palabras: *“Él muda los tiempos y las edades; quita reyes, y pone reyes; da la sabiduría a los sabios, y la ciencia a los entendidos”* (Dan. 2:21). Quien se da cuenta del poder y responsabilidad de rusos y americanos, siente vértigo. Con una sola palabra o indicación están en disposición de sembrar muerte y perdición sobre todo el mundo. En efecto, tan decisiva palabra de poder nadie la pone en tela de juicio. Será preciso sopesar y calcular muchas cosas antes de que eso llegue a suceder. Pero, ¿no disponen esos poderosos de un poder verdaderamente sobrecogedor? ¿No pueden cambiar el curso de la historia, y hacer lo que les venga en gana?

Y, sin embargo, ...

“Como los repartimientos de las aguas, así está el corazón del rey en la mano de Jehová; a todo lo que quiere lo inclina” (Pro. 21:1). También esos poderosos, e incluso

37





¿POR QUÉ TANTO SUFRIR?

su poder mismo, están en la mano del SEÑOR, y no pueden volverse contra su voluntad. A pesar de todas sus bravuconadas y atrevidas manifestaciones, están, con todo lo que pueden o hacen, bajo el gobierno del Todopoderoso. Él reprende a los soberbios, leemos en el Salmo 119:21; y el rey Herodes sufrió la verdad de esta aseveración en su propio cuerpo; pues, cuando la masa del pueblo se disponía a aclamar sus palabras, diciendo: “¡Voz de Dios, y no de hombres!”, cayó herido de muerte. El SEÑOR intervino; y luego leemos acerca de aquel engreído: “Al momento un ángel del SEÑOR le hirió, por cuanto no dio gloria a Dios y expiró comido de gusanos” (Hch. 12:22-23). ¿La mano de Dios en el sufrimiento y en el dolor?

Por Dios nuestro SEÑOR reinan los poderosos, y no pueden hacer otra cosa que servir a sus planes. Esto se desprende de las palabras de Dios al profeta Jehú, hijo de Hanani, para que las pronunciara ante el rey Baasa sobre el reino de las 10 tribus. De este Baasa cuenta la Biblia cómo había llegado al trono. Ocurrió de forma ilegal. Según el relato de 1 Re. 15, su subida al trono se produjo como sigue: Baasa tramó una conjura contra el monarca reinante, Nadab, y lo mató. Así alcanzó el trono. Con violencia se adueñó del poder, y una vez que obtuvo el gobierno sobre las 10 tribus, hizo lo malo a los ojos del SEÑOR.

¿Qué se debe pensar del curso de estos acontecimientos? ¿Debían los israelitas reconocer a este traidor terrorista como su rey legal, y obedecerle? ¿Estaba la mano de Dios en estos acontecimientos? La respuesta a estas preguntas se obtiene poniendo atención a lo que el profeta Jehú, en nombre del SEÑOR, tuvo que decir contra Baasa, según leemos en 1 Re. 16:2: “Por cuanto Yo te levanté del





ADRIAN J. MOGGRÉ

polvo y te puse por príncipe sobre mi pueblo Israel...”

¿Qué, pues? ¿Acaso este suceso no nos sonroja y enfurece? ¿Lo soporta nuestra sangre? ¿Estaba el SEÑOR detrás de la subida al trono de aquel terrorista? Los adeptos no sabían muy bien si Baasa subía al trono por una acción abominable. Pero, ¡cuán distinta y sorprendente luz arroja la información contextual del profeta Jehú acerca de este hecho histórico, nada de lo acontecido estaba fuera de la disposición del SEÑOR, Dios de Israel! El profeta Jehú ¿no debió decir en nombre del SEÑOR: “Yo... te puse por príncipe...”? ¡También en este asesinato traidor obtuvieron y tenían las 10 tribus un ungido del SEÑOR!

¿No es ello compatible?

Pero eso no cambia en nada la clara y fiable Palabra de Dios del profeta, aunque nos conduzca a un enigma, pues muchos enigmas se mantienen al considerar el gobierno de Dios; y acerca de esto aún tenemos que tratar más adelante. Pero, ya ahora, quiero señalar que profesar algo es muy distinto de comprenderlo. Esos enigmas no son, por definición, antítesis; pero el profesar una verdad no siempre coincide con su comprensión; y, en ningún caso, nuestra profesión de fe brota de esta comprensión o descansa en ella. Confesamos el nacimiento virginal de Cristo; pero, ¿quién de nosotros lo comprende? Es imposible comprenderlo; mas eso no da derecho a nadie para negarlo o interpretarlo contrariamente a la intención de los evangelistas. Todo aquel que se hace culpable de esto, aunque fuera un ángel del cielo, cae bajo el anatema, es decir, bajo “condenación” de la cual habla el apóstol Pablo en Gálatas 1:8-9. Moisés ya sabía esto: *“Las cosas secretas pertenecen a Jehová nuestro Dios;*

39





¿POR QUÉ TANTO SUFRIR?

mas las reveladas son para nosotros y para nuestros hijos para siempre..." (Dt. 29:29)





ADRIAN J. MOGGRÉ

Como la gota y el polvo

Todo lo que existe, vive y se mueve por la mano de Dios y gracias a Él. Todo le está sujeto y subordinado. Llama a quien quiere o a lo que quiere, y envía a lo que a Él le place. Así envió a su siervo Elías fuera del país, al arroyo de Querit, y prometió: "... y Yo he mandado a los cuervos que allí te den de comer" (1 Re. 17:4). También dirige el curso de las estrellas, y las guía como quiere. ¿Tuvo necesidad de una de ellas para indicar a los magos dónde poder encontrar al Rey de los judíos que había nacido? Entonces busca una y la envía hacia Belén.

Isaías conocía aquella grandeza y majestad del SEÑOR y su poder sobre las estrellas. Por eso invitó a sus cansados y desengañados paisanos: "*Levantad en alto vuestros ojos, y mirad: ¿quién creó estas cosas? Él saca y cuenta su ejército; a todas llama por su nombre; ninguna faltará; tal es la grandeza de su fuerza, y el poder de su dominio*" (Is. 40:26). El capítulo 40 del Libro de Isaías es maravilloso y poderoso en contenido. También, en relación con los interrogantes que nos ocupan en este escrito, me atrevo a aconsejar a todos los lectores que lean atentamente este impresionante pasaje bíblico, y que tomen una postura al respecto. El profeta ve como luego los israelitas suspiraran en Babilonia. Transportados allí después de la destrucción de la ciudad y del templo, los

41





¿POR QUÉ TANTO SUFRIR?

desterrados se preguntarán si alguna vez se verán libres de la asfixiante acometida del fuerte poder de Babilonia. ¿No es desesperada su situación? ¿Nadie tiene poder para enfrentarse a un poderío tan formidable?

¿Nadie?

¿Tampoco el Dios de Israel?

El profeta conoce mejor las cosas, y entonces consuela al pueblo: *“He aquí las naciones le son como la gota de agua que cae del cubo, y como menudo polvo en las balanzas le son estimadas; ...Él convierte en nada a los poderosos, y a los que gobiernan la tierra como cosa vana. Como si nunca hubieran sido plantados, como si nunca hubieran sido sembrados, como si nunca su trono hubiera tenido raíz en la tierra; tan pronto como sopla en ellos se seca, y el torbellino los lleva como hojarasca”* (Is. 40:15, 23-24).

¿Está la mano de Dios en la historia?

En la porción anterior se habló del rey Baasa y de la información contextual profética de Jehú en relación con la forma en que aquél se apoderó del trono. Sin embargo, no solo los reyes de Israel o Judá deben su trono y corona al Dios de Israel, y no sólo esos reyes son los ungidos del SEÑOR. Esto es lo que la Palabra de Dios también testimonia de los poderosos paganos. Lo mismo puede decirse de todos los grandes de la tierra. En Isaías capítulo 40 se trata de tiranos paganos como Nabuco-donosor, rey de Babilonia. El gobierno del Todopoderoso también se refiere a esos grandes y poderosos, pues también ellos reciben del SEÑOR su lugar y tarea en la historia. Nabucodonosor recibe en las Sagradas Escrituras el nombre de *siervo de Dios*; y a Ciro, rey de los persas, se le llama *ungido de Dios* (cf. Jer. 27:6; Is. 44:28 y 45:1). Esto no debe asombrarnos, pues a estos hombres los llamo Él a entrar en el teatro de la





ADRIAN J. MOGGRÉ

historia, los revistió con el poder de una gran vocación para cumplimiento de su misión presentada por Dios, y después los hizo desaparecer de la escena.

Su paso por la tierra fue voluntad del SEÑOR.

Incluso se lee que el SEÑOR recompensó muy especialmente a un príncipe impío como Nabucodonosor. Probablemente, nadie esperaría que este cruel pagano obtuviera una paga rica y hermosa. La profecía de Ezequiel, en el cap. 29: 17-20, no deja lugar a dudas. ¿De qué caso se trata? Cuenta el profeta, que el SEÑOR tenía el plan de entregar Egipto a Nabucodonosor. Con ello quería pagar al príncipe Babilónico por la dura batalla que sus ejércitos habían soportado en la conquista de Tiro. El Dios de toda la tierra había visto que la toma de aquella ciudad había sido una tarea especialmente dura para los soldados de Nabucodonosor. Sólo a costa de muchas y grandes privaciones les había sido posible conquistar Tiro para su rey. Leemos que las cabezas de los soldados habían sido rapadas y sus espaldas desolladas; y Dios lo había visto. ¿Qué hace entonces? Decide dejar incólume aquellos ejércitos de Nabucodonosor duramente probados, y darles una paga por su ímprobo esfuerzo en la conquista de Tiro. El profeta escribe literalmente: “...y habrá paga para su ejército. Por su trabajo con que (Nabucodonosor) sirvió contra ella (Tiro) le he dado la tierra de Egipto; porque trabajaron para mí...”

¿Paga divina para el tirano e impío rey de Babilonia?
¿Los soldados de este Nabucodonosor trabajaron para el SEÑOR en la conquista de Tiro?

¿Cómo les sonaría esta profecía a los judíos deportados a Babel? ¿Una paga divina para su deportador? ¿Podrían soportar oír tal cosa? Pienso que al enterarse de

43





¿POR QUÉ TANTO SUFRIR?

este mensaje, por lo menos se les agrandarían sus ojos, y se habrán preguntado con admiración cómo Ezequiel pudo decir semejante afirmación. Hasta cierto punto, podemos comprender un poco su extrañeza y preocupación si nos paramos a pensar: ¿Qué nos parecería y cómo encajaríamos nosotros -pero especialmente la generación anterior a nosotros-, si un profeta de Dios nos viniera a decir, que el SEÑOR, Dios de la tierra entregó Polonia, Hungría y Alemania Oriental a Rusia como paga y premio por la terrible resistencia de los soldados rusos en Stalingrado?

¿Lo aceptaríamos?

Sin embargo, con un mensaje semejante llegó Ezequiel junto a los desterrados en Babilonia. El SEÑOR dio el reino de Egipto a Nabucodonosor como botín. Por eso pudo conquistarlo. ¡Él SEÑOR rige y gobierna! Él pone y quita reyes, y sometió a Europa del Este bajo el influjo de Stalin. La situación de los países y los pueblos está en su mano, y todo lo hace con gran facilidad. ¿Los pueblos no son para Él como una gota que rebosa del cubo, y como el polvo en la balanza? Esta es la realidad; así están las cosas en el mundo. Pero uno no puede barajar y compaginar todo esto.

Dios está en el cielo y nosotros -¡oh, hombres!- estamos en la tierra. Los personajes proféticos a veces pueden ver y testificar algo de esto. Pero, tanto si uno puede percibir como si no una brizna de esto, una cosa es cierta e incontrovertible: En el torneo de los pueblos de esta tierra, los poderes obran y se agitan en el lugar que Dios les ha dado. La dirección del teatro de los tiempos descansa firme y segura en sus fuertes y divinas manos. Para sus hijos, ¡manos de Padre!





ADRIAN J. MOGGRÉ

Testificar con audacia

Al leer la Palabra de Dios frecuentemente me llama la atención, y me conmueve, que los hombres y mujeres que allí encontramos se expresen valientemente acerca de la presencia de Dios en sus vidas. Esto ocurre especialmente con los salmistas. Se acercan al SEÑOR con todo lo que experimentan y con todo lo que les ocupa, en oración y agradecimiento, y vuelcan su corazón ante Él, y también dan testimonio frente a los demás. Ante la presencia de Dios hablan y cantan de lo que el SEÑOR les hizo experimentar, y del camino que tuvo para con ellos. Recuerdo el Salmo 22. Aquí, rodeado de enemigos que acosan su vida, el autor de este salmo no ve salida alguna. Su esperanza había sucumbido totalmente, y no sabía cómo cambiarían las cosas para bien. Por eso se quejaba de que el SEÑOR le había desamparado: *“Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?”* (v. 1). Algunos han pensado que aquí David se equivocó y se expresó con poca exactitud. Se habría sentido abandonado por Dios, pero realmente no habría sido así. David, pues, guiado por el Espíritu de Dios, injustamente habría visto su sentimiento de abandono ante la amarga realidad del verdadero desamparo de Dios. Así pues, autoengañado, se habría quejado de que el SEÑOR le había desamparado, mientras que realmente no era así. Sobre esto no es preciso emplear muchas palabras. Felizmen-

45





¿POR QUÉ TANTO SUFRIR?

te, los lectores de la Biblia aún pueden leer y comprender lo que allí se dice, y muchos de ellos no sufren el impedimento de unas gafas teológicamente empañadas al leer esto en la Palabra de Dios. Por supuesto que no se puede pensar en la proximidad *benefactora* de Dios cuando, como el autor de este salmo, se es una afrenta para los hombres, y uno se ve despreciado por el pueblo, y cuando la muerte persigue sin que haya un ayudador. De ninguna manera se puede pensar que el SEÑOR Dios colma de bondad y bienestar cuando se está rodeado por toros, o uno de ve cercado por los búfalos de Basán, o se nos acerca un león voraz y rugiente, o se tienen los huesos dislocados, y el corazón se ha derretido como cera, la fuerza se ha secado como un tiesto, la lengua se ha pegado al paladar, y se pueden contar todas las costillas, etc., etc. David comprendió que el SEÑOR Dios le había abandonado, y entonces, en el odio y sed de sangre de sus enemigos, tenía que vérselas con Dios mismo. ¿Por qué el SEÑOR apartó sus manos de él? Esta fue la terrible pregunta con la que tuvo que luchar.

Este enfoque se encuentra regularmente en la vida de los justos, tanto en el antiguo como en el nuevo pacto. Continuamente mencionan la mano de Dios en su vida, y lo que el SEÑOR les hizo experimentar. Esto no sólo se encuentra en su trato con Dios, cuando estos hijos suyos derraman ante sus oídos su corazón en un canto de alabanza o himno de lamentación; sino que también se encuentra en el trato de los justos con los demás y hacen mención, de forma natural, de la dirección del SEÑOR en sus vidas. Se cuentan entre ellos para alabanza de la gracia y justicia de Dios, lo que Él les hizo experimentar en su vida cotidiana, de Sus caminos con ellos





ADRIAN J. MOGGRÉ

en la prosperidad y en la adversidad. Es evidente que para estos piadosos, era un asunto de lo más natural comunicarse entre ellos lo que tenían que agradecer a su Padre celestial, y lo que Él había permitido en sus vidas; y de esta manera honraban al SEÑOR en sus conversaciones, y alababan su Nombre, y acertaban a ver la dirección de Dios en sus vidas, y reconocían estar en sus charlas recíprocas. ¿Cómo pensarán y actuarán a este respecto aquellos que hoy día rechazan o no quieren saber nada de la providencia de Dios en su vida y en los acontecimientos del mundo? La crítica moderna a esta doctrina del domingo 10 del Catecismo de Heidelberg, significa sencillamente la muerte para una vida auténtica en el temor del SEÑOR, y para toda forma de experiencia espiritual *bíblica*. Sobre ese reconocimiento de la mano de Dios en la propia vida, expresado en la conversación recíproca, es fácil indicar ejemplos bíblicos. Son muchos y están al alcance de la mano. Se puede pensar en una conversación entre Abraham y Sara, su mujer. Cierta día, Sara aconsejó a su marido que tomara a Agar, su esclava, por mujer; pues ella no había podido tener hijos. Esto último fue el motivo de su consejo con relación a Agar. Pero entonces se debe tener muy en cuenta cómo expresa ella ese motivo, cómo lo manifiesta. Aquí tenemos un ejemplo de una mujer que en su vida, es decir en su esterilidad, tiene que vérselas con el SEÑOR, y dice a su marido Abraham: “*Ya ves que Jehová me ha hecho estéril...*” (Gn.16:2).

¡El SEÑOR me ha hecho...!

Cuando Epafrodito se restablece de una enfermedad grave, el apóstol Pablo escribe a la iglesia de Filipo que Dios tuvo misericordia del enfermo (cf. Fil. 2:27).

¡Dios tuvo misericordia...!

47





¿POR QUÉ TANTO SUFRIR?

Esta manera de hablar se encuentra muchas veces en la Biblia, y se puede calificar, con todo derecho, del lenguaje propio de aquellos que temen a Dios. Ellos, con toda su vida, con todo lo que son y tienen se saben día a día totalmente dependientes del Todopoderoso, su Padre celestial. Se dan cuenta de que, paso a paso, viven de su mano, y que por Él son llevados por el camino que ha tomado con ellos en la prosperidad y en la desgracia. Le tienen un gran respeto, y no se atreven a entregarse al mal (cf. Gn. 39:9). Por lo menos, siempre que les vaya bien; y, como debe ser, son plenamente conscientes de que el hombre reflexiona en sus caminos, pero también que el SEÑOR rige el curso de su vida. Con franqueza reconocen la mano de Dios en todo lo que se refiere a la vida propia o a la de la iglesia. Miran mas allá de sus sentidos y saben algo más que de la ley causa/efecto. En la marcha de los asuntos en el mundo ven la mano de su Padre celestial: la mano de ese Dios que soberanamente guía y empuja la historia. En este contexto, merece la pena leer totalmente el capítulo 9 del libro de Daniel. ¡Cómo luchó aquel hombre en oración con su Dios! *“Por tanto, Jehová veló sobre el mal, y lo trajo sobre nosotros; porque justo es Jehová... Oye SEÑOR; oh SEÑOR, perdona; presta oído, SEÑOR, y hazlo...”* (Dn. 9:14,19). Un Dios que interviene en la historia actuando -así lo presenta la Sagrada Escritura, y así lo conoce también el apóstol Santiago: *“Si el SEÑOR quiere, viviremos y haremos esto o aquello”* (Sant. 4:13-14,15).

Esta actitud de total dependencia ante el Todopoderoso, el Creador de cielo y tierra, es la que forma y determina la manera de hablar de los hombres y mujeres de la Biblia. Hablaban el lenguaje del Espíritu Santo.





ADRIAN J. MOGGRÉ

El lenguaje de la fe

Como he dicho, este lenguaje se encuentra muchas veces en la Palabra de Dios; y deseo dar unos ejemplos más al respecto. Esa forma de hablar se encuentra ya en Abraham. Acerca de él se lee que envió a su siervo Eliezer a Mesopotamia a buscar, entre sus parientes, una esposa para Isaac. Abraham le envió con estas palabras: *“Jehová, Dios de los cielos, que me tomó de la casa de mi padre...”* (Gn.24:7). Abraham no cayó por casualidad en algún lugar; sabía muy bien que Dios le había enviado a Canaán, y no se lo ocultaba a Eliezer, cuando le envió a aquel antiguo territorio a buscar esposa para Isaac. Al texto citado, Abraham aún añade esto: *“Él enviará su ángel delante de ti, y tú traerás de allá mujer para mi hijo”* Abraham, pues, no dudaba de que el SEÑOR lo haría con toda concreción, y dio claro testimonio de ello a fin de alentar a Eliezer.

También su hijo, Isaac, conoció y habló el lenguaje de la fe. Uno de los pozos que hizo cavar para su ganado lo llamó Rehobot. Este pozo no le fue disputado por los pastores de Gerar. Pero esto había ocurrido en algunas ocasiones. Cada vez que los hombres habían cavado un pozo para abreviar a sus ganados, llegaban los pastores de los filisteos, y decían: *“Esta agua es nuestra”*. Así hicieron en más de una ocasión, y con ello ha-

49





¿POR QUÉ TANTO SUFRIR?

cían imposible la vida a Isaac y a sus hombres. Pero entonces llegó el momento en que los pastores de Gerar cesaron en sus hostilidades. Los pastores de Isaac cavaron un nuevo pozo, pero los enemigos no les atacaron. De ahí el nombre Rehobot, dado a aquel pozo. *“Porque”* –así dice Isaac– *“ahora Jehová nos ha prosperado, fructificaremos en la tierra”* (Gn.26:22). Incluso un hombre como Abimelec, rey de los filisteos, tuvo en cuenta que Isaac era “bendito” (ungido) de Jehová, y así lo expresó (cf.26:29).

Más tarde, Jacob parece estar hecho de la misma madera, e igualmente habla ese lenguaje de la fe. Comprendió muy bien que el crecimiento de sus posesiones no lo debía a sí mismo, sino al SEÑOR, aunque él también lo había procurado y para ello se había esforzado trabajando. Pero la mano de Dios estaba allí. Cuando por orden de Dios hizo los preparativos para separarse de Labán y regresar al país prometido, dijo a sus mujeres, Lea y Raquel: *“Vosotras sabéis..., pero Dios no le ha permitido”* –a vuestro padre– *“que me hiciese mal”* (Gn.31 (6) 7). ¡Dios no (le) había permitido...!

Después, a su regreso, encontró a su hermano Esaú, de cuyo odio mortal había huido antaño, y entonces le habló de *“los niños que Dios ha dado a su siervo”* (Gn.35:5); y un poco más tarde glorifica el Nombre de su Dios, el cual le ha respondido, y ha estado con él en el camino que ha dispuesto (cf.35:3).

Así expresan estos hombres el lenguaje de la fe, y testifican de manera valiente de la presencia de Dios en sus vidas. Por la fe saben contar lo que el SEÑOR les hizo experimentar. De esa forma viven con el SEÑOR, recuerdan sus hechos, glorifican su bondad experimentada y





ADRIAN J. MOGGRÉ

suplican su ayuda en los días difíciles y angustiosos. Así pues, ¿nos deberíamos preguntar si la mano de Dios está en la historia, o si Él aún hace algo, o si nos está permitido y podemos hablar de esa intervención divina?

El SEÑOR rige, mantiene y conserva constantemente todo lo creado, y así lo seguirá haciendo hasta el fin de la historia, y posteriormente. De Él es el futuro de los pueblos, conduce los pensamientos de los reyes y dirige el curso de cada persona.

Esto lo sabe la iglesia de Dios, pues lo conoce por su Palabra, como Abraham, Moisés y Pablo lo conocieron desde su revelación. Por esa razón, la iglesia de hoy conoce a esos hombres, y ella misma también habla ese lenguaje de la fe. De ahí que confiese públicamente: *“El soplo de Dios los ha dispersado”*, y aún sigue profesando que el SEÑOR dispone de la salud y la enfermedad, de la dicha y la desdicha, de la guerra y de la paz. Enseñada por el Espíritu de Dios, lo balbucea, con Job, en los días llenos de preocupaciones: *“¿Aceptaremos de Dios el bien, y no el mal?”*. Es indudable que esto no es fácil en días llenos de problemas, pues no es tan fácil repetir esas palabras de Job. La iglesia no debe inquietar al hermano o hermana que encuentra dificultades en comprenderlo. ¡Todo lo contrario! Elevará súplicas para que aquel que sufre y padece, supere el trance y aprenda a decir con Job: *“Jehová dio, y Jehová quitó; sea el Nombre de Jehová bendito”* (Job 1:21).

Los hijos de Dios conocen y hablan este lenguaje del Espíritu Santo. Enseñados por Él, llaman y suplican en medio de las dificultades y de la necesidad con salmos y oraciones: *“Jehová, no me reprendas en tu enojo, ni me castigues con tu ira”* (Salmo 6:1).

51





¿POR QUÉ TANTO SUFRIR?

En el amor y en el dolor la iglesia tiene que vérselas con el SEÑOR, de tal manera que en días de prosperidad vive agradecida a Él, y en días de adversidad espera pacientemente en Él.





ADRIAN J. MOGGRÉ

El testimonio de José

Citando un ejemplo más, encontramos en José, hijo de Jacob, la misma disposición e idéntica vida de fe que en Abraham, Isaac y Jacob. El primogénito de Raquel glorifica sincera y valientemente la mano del SEÑOR en lo que a él le toca pasar. Tras los sueños de Faraón y la incomparencia de los sabios de palacio, apareció José y dio a conocer al rey su sueño y la explicación del mismo. Los hombres y mujeres de la corte se extrañaron de ello, y evidentemente se preguntaron por la clase de poderes misteriosos y sobrenaturales que residían en aquel extranjero. En cualquier caso, el hombre en cuestión sabía más, y reconoció humildemente ante Faraón: *“Dios ha mostrado a Faraón lo que va a hacer”* (Gn. 41:25).

Una vez más: ¡Dios ha mostrado...!

¿No es verdad que este lenguaje resulta incomprendible para los cristianos modernos, y tan teológico que no lo comprenden, o tan de otro mundo que con esta manera de hablar no saben qué camino tomar?

En Egipto, José llegó a gozar de mucha consideración y gran respeto, y le fue muy favorablemente. El Faraón le hizo gobernador de todo el país y le mandó sentarse junto a su trono. José se casó con Asenat, hija de Potifera sacerdote de On, y del matrimonio le nacieron dos hijos. Al mayor le dio el nombre de Manasés y al menor

53





¿POR QUÉ TANTO SUFRIR?

le llamó Efraín ¿Cómo acertó a escoger aquellos nombres? ¿Lo sacó de un viejo registro de familia, o el patriarca sencillamente pensó en un par de nombres bonitos para sus hijos según la moda de la época? José llamó al mayor Manasés, pues dijo: *“Dios me hizo olvidar todo mi trabajo, y toda la casa de mi padre”*; y al menor le dio el nombre de Efraín pues dijo: *“Dios me hizo fructificar en la tierra de mi aflicción”* (cf. Gn. 41:51-52). Para José los hechos no eran mudos, sino que e con el curso de los acontecimientos, y en medio de ellos, se supo inundado por la bondad de Dios.

¡Dios me hizo...!

De esa manera habló el mismo lenguaje de sus antepasados, y testificó de su fe en el acta de nacimiento de sus hijos. Con aquella imposición de nombres dejó expresado que conocía al SEÑOR, y había experimentado la mano de Dios en la vida. También su propio encubrimiento se había debido a la mano del Todopoderoso; y comprendió que a Él debía agradecer su milagroso camino en la vida. Esto se evidencia claramente por su conocida reacción emocional ante sus hermanos: *“Vosotros pensasteis mal contra mí, mas Dios lo encaminó a bien, para hacer lo que vemos hoy, para mantener en vida a mucho pueblo”*. En la prisión había perdido toda esperanza, y los propósitos de Dios le debieron parecer un gran enigma. Pero al final de su vida acertó a ver el porqué de lo ocurrido, y dio testimonio de ello con gran valentía (cf. Gn. 50:20).

El misterio de la vida de José reside en el SEÑOR, el Dios de Abraham, Isaac y Jacob, el Dios del Pacto. La presencia de Dios es la explicación de ello y el plan de Dios es el trasfondo de todo lo acontecido en su vida, pues el SEÑOR conducía el curso de lo que ocurrió.





ADRIAN J. MOGGRÉ

Tu hálito vital -hablando con propiedad- está en la mano de Dios, y Él dispone todos tus caminos. José comprendió esto por la fe, y en un mismo espíritu con él, siglos mas tarde, el apóstol Pablo, en el Areópago, dio testimonio de su Dios, el cual ha hecho el mundo y todo lo que hay en él: *“Él es quien da a todos vida y aliento y todas las cosas... y les ha prefijado el orden de los tiempos, y los límites de su habitación..., en Él vivimos, y nos movemos, y somos”* (Hch. 17:25-28).

La religión de hombres como Abraham, Isaac y Jacob no estaba en el aire; ni tampoco la de José. Sirvieron a aquel Dios que les era propicio y estaba a su lado en las cosas y circunstancias del quehacer diario; que les bendecía en su mesa y en su artesa; que fue de la mano con ellos en su vida y les avisó seriamente de no ir tras otros dioses. Ellos estaban seguros de su presencia en la realidad de la vida terrena, en los acontecimientos próximos y pasados, y contaban con ello. Los verdaderos cristianos no ven la fe de aquellos hombres como algo extraño, como algo propio de una vida prehistórica en la cual ellos mismos no se reconocen; pues aún sigue siendo válido el hecho de que el Creador de cielo y tierra, nuestro Padre celestial regala la comida y la bebida y el vestido a aquellos que primera y principalmente procuran el reino de Dios y su justicia. Aún tiene validez que nuestro Dios es un Dios que vive, juzga a la tierra, interviene en la marcha de los asuntos de aquí abajo y conduce los acontecimientos y los empuja según su voluntad.





¿POR QUÉ TANTO SUFRIR?

Libertad y responsabilidad humana

Hemos pasado revista a muchos datos de las Escrituras, y aun habría que añadir otros semejantes a ellos. Todos vienen con el testimonio claro y unánime de que la mano de Dios está presente en los fenómenos y acontecimientos en la tierra. Pocos son los que se citaron de los profetas, pero también éstos hacen mención, página tras página, de la mano de Dios en la historia. ¿Quién no recuerda la conocida pregunta de Amós: “¿Habrá algún mal en la ciudad, el cual Jehová no habrá hecho?” (Amós 3:6)? La Biblia reconoce y enseña ininterrumpidamente, que el SEÑOR gobierna, y que es el primero y el último en todo lo que ocurre. Con razón, pues, la iglesia también profesa, en el domingo 10 del Catecismo de Heidelberg, que no existe el acaso o azar en esta vida, y exclama y canta según las Escrituras:

*“Jehová hace nulo el consejo de las naciones
y frustra las maquinaciones de los pueblos.
El consejo de Jehová permanecerá para siempre.
Los pensamientos de su corazón
por todas las generaciones”*

(Salmo 33:10-12)

Quien intenta imbuirse de esto, siente como le asaltan interrogantes difíciles. Son preguntas que a lo lar-





ADRIAN J. MOGGRÉ

go de todos los siglos ocuparon a los hombres, y que actualmente la teología moderna las trae a colación gustosa y rápidamente. Si Dios determina y rige todo, si su dirección abarca todas las cosas, incluso la vida de los gorriones y los cabellos de tu cabeza, ¿aún se puede hablar de la libertad y responsabilidad del hombre, y conjugarlas entre sí? En esta profesión de fe en la Providencia de Dios, ¿el hombre es ciertamente algo más que un robot, una máquina que es puesta en marcha por Dios y que pronto y precisamente hace su obra según el ministerio divino? En el hacer y dejar de hacer del hombre, ¿aún hay algo suyo, de sus propias reflexiones, planificación, esfuerzos y acción? Según el testimonio de las Escrituras, ¿aún tiene el hombre suficiente espacio para tomar decisiones en su propia libertad y responsabilidad, y actuar de forma procedente?

En la teología moderna se intenta salir de las dificultades aceptando y proponiendo que Dios -aunque no voluntariamente- limita su propia actividad y poder, y les pone límites para, de esta forma, ofrecer al hombre un cierto margen dentro del cual pueda moverse y actuar sin ser molestado, libre e independientemente. Entonces el ser humano es señor y maestro, y hace soberanamente lo que quiere. Al hombre y a la naturaleza se les destina un existir propio, y “Dios no actúa allí a contrapelo con su poder”, según el Dr. Flesseman -van Leer. De esta manera se busca una solución a las dificultades, pero realmente es una solución que el mismo pensamiento teológico ha inventado, y que no lo proporciona la Palabra de Dios; o, dicho más crudamente: esta autolimitación por parte del SEÑOR, con la que Él -según algunos- renuncia o cede el poder propio y, en mayor o menor medida, se hace indepen-

57





¿POR QUÉ TANTO SUFRIR?

diente, la Palabra de Dios lo encuentra contrario a ella misma. Aquí se da un paso que ya no se puede justificar más frente a las Escrituras. ¿No hay, pues, incógnitas y dificultades? Ciertamente las hay. Es muy difícil sostener, por un lado, que una conducta es del SEÑOR (cf. Prov. 16:9) y que conduce todas las cosas y las gobierna, y por otro lado seguir reconociendo que, en cada paso que uno da, se es responsable ante el SEÑOR. Entonces surge la pregunta de si no carece de sentido preocuparse, cuando todas las cosas llegan o acontecen como “tienen que” ocurrir. Es curioso, pero ese fatalismo no aparece en las Sagradas Escrituras. Jamás se encuentra eso en la Biblia, ya que le es totalmente extraño. En ninguna parte de la Biblia se encuentra una sorda resignación o una debilidad fatalista de la propia responsabilidad, ni una paralización total o parcial de la propia actividad a causa de la profesión de fe de que Dios gobierna soberanamente todas las cosas de esta vida. Tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento sostienen expresamente, que el Todopoderoso está activamente presente en todos los sucesos de la vida, y al lado de esto es igualmente indudable y seguro que cada hombre es responsable de su propio hacer y dejar de hacer. Lo uno no rebaja lo otro, y si el Espíritu Santo lo hiciera en el testimonio bíblico –¡lo cual jamás ocurrirá!–, entonces también eso sería verdad divina.

Pero, como he dicho, eso no lo hace el Espíritu. La Palabra de Dios, a este respecto, menciona claramente y sin rodeos que el SEÑOR gobierna, que Satanás hace estragos y echa a pique, y que el hombre actúa y debe actuar en libertad y responsabilidad propias.





ADRIAN J. MOGGRÉ

El papel que desempeña Satanás

En el escenario de la historia, también Satanás desempeña su papel. Un papel o actividad oscuro, pues su estilo y carácter es mentir, engañar y hundir. Es, según las palabras de Jesús, un homicida desde el principio, y no está en la verdad; cuando habla mentira, habla según su naturaleza, pues es un mentiroso y el padre de la mentira (cf. Jn. 8:49). Es el gran opositor de Dios, que siempre y en todas partes pone obstáculos e intenta derribar su obra.

Así se le encuentra en la Biblia, y se ocupa en lo dicho desde el comienzo de la historia, cuando, según las Sagradas Escrituras, por su engañoso hablar por medio de la serpiente, mintió a Eva, diciendo que ella y su marido serían como Dios, si comiesen del fruto prohibido; pues ellos mismos podrían resolver o decidir lo que era bueno o malo, lo que se debía hacer, o no; y ¿no es eso un asunto que excede toda limitación? El diablo seduce y contraría los planes de Dios tanto como puede.

Desde la caída desempeña su papel macabro y oscuro en la historia, y la Palabra de Dios le pinta como una figura realmente mala con poder grande y concreto. Por eso es preciso temerle, y Jesús enseñó a sus discípulos a orar que la tentación del Maligno no les hiciese caer en engaño.

59





¿POR QUÉ TANTO SUFRIR?

El relato vital de Job, el hombre de Uz, piadoso y recto, temeroso de Dios y apartado del mal, no engaña al respecto. En Job, cap. 1, se lee que Satanás, en propia persona, penetra en el consejo celestial, y allí llega a hablar con el SEÑOR Dios mismo. Al preguntarle Dios si ha visto que Job camina recta y piadosamente en el temor de Dios y con aversión al mal, el gran opositor y enemigo de Dios respondió que Job le servía sencillamente por el interés propio. Este diálogo celestial concluyó dejando el SEÑOR en manos de Satanás todo lo que Job poseía, sólo que a él mismo no debía arrebatarse la vida. Inmediatamente, el Diabolo se dispone a hundir a Job en la más ínfima miseria, y es tan grave lo que ocurre que no se puede seguir leyendo sin emocionarse.

En esta historia se leen ambas cosas, a saber, que la mano de Dios estaba en esto sufrimientos, y que Satanás había puesto allí sus manos. Por otro lado, durante la segunda conversación del SEÑOR con el diablo, tenemos lo siguiente: *"...y que todavía retiene su integridad, aun cuando tú me incitaste contra él para que lo arruinase sin causa"* (Job 2:3). Por otro lado, leemos un par de versículos después: *"Entonces salió Satanás de la presencia de Jehová e hirió a Job con una sarna maligna..."* (v. 7). Dios se volvió contra su siervo, y Satanás lo realizó. La Palabra de Dios presenta ambas cosas. La relación de ambas acciones no se puede poner en claro. Ningún hombre, quienquiera que sea, puede hacerlo transparente de modo racional. Satanás azuzó a Dios contra Job, y Dios entregó a Job al diablo. ¿Quién despeja esto? ¿Quién lo explica? Aquí se nos recuerda, que el Espíritu Santo, en Ecl. 5:2, coloca al hombre en su lugar como criatura, y le proporciona la necesaria modestia: *"...Dios*





ADRIAN J. MOGGRÉ

está en el cielo, y tú sobre la tierra". Lo uno es completamente verdad, objetivamente verdad, y lo otro no lo es menos. Sin duda alguna hay que estar alerta contra el gran enemigo de Dios y ante la realidad de sus tentaciones, aunque se puede tener bien presente la clara enseñanza de la Palabra de Dios, es decir, que la dirección de todo lo que ocurre y de lo que el diablo realiza está sujeto por la mano del SEÑOR. Fuera de Dios, nada puede hacer. El diablo es y permanece siendo una criatura; no es un duplicado de Dios. Por tanto, también el Espíritu Santo entendió y juzgó que Job no pecó ni atribuyó a Dios despropósito alguno, cuando profeso: "*Jehová dio, y Jehová quitó; sea el nombre de Jehová bendito*" (Job 1:21-22)





¿POR QUÉ TANTO SUFRIR?

La aportación del hombre

Lo que anteriormente se hizo notar acerca del papel de Satanás, también cabe decirse, con las acotaciones necesarias, acerca del papel del hombre en el escenario de la historia. Ya mencioné la propia libertad y responsabilidad humana; pero vuelvo una vez más sobre este asunto, y hago notar, que el hombre tiene una aportación propia en la marcha de los asuntos aquí abajo, pues no es una máquina manejada por Dios ni realiza el programa divino sin estar implicado en el mismo y sin tomar parte activa y consciente de la responsabilidad e independencia propias. El hombre participa en ello conectando todas sus capacidades. Pero, por otra parte, esto no impide que la Biblia, en todos los acontecimientos y circunstancias en que el hombre intervenga, presente ambas cosas: Dios lo hace, y el hombre lo hace. También es preciso decir que nadie es capaz de solventar racionalmente el problema que plantea la actuación simultánea de estos dos agentes: Dios y el hombre.

Con un par de ejemplos bíblicos podría exponerse fácilmente lo uno y lo otro. Recordemos el caso de los hermanos de José. Éstos le echaron al pozo, y después le vendieron a unos mercaderes que pasaban por allí. Por esta mala acción humana llegó José a Egipto y fue vendido como esclavo. Pero, cuando más tarde José se pre-





ADRIAN J. MOGGRÉ

senta a sus hermanos, reconoce abiertamente: “Dios me envió delante de vosotros”; y un par de versículos después, leemos esta su propia observación: “*Así, pues, no me enviasteis acá vosotros, sino Dios*” (Gn. 45:8). El SEÑOR lo hizo, y los hermanos lo hicieron. Lo uno es verdad y lo otro también es verdad; y ahí lo deja la Palabra de Dios. Hablar aquí de dos líneas, me parece extraño. Dios no revela líneas de actuación, sino que en la Biblia Él se da a conocer a sí mismo y también sus obras. En la historia de José no obtenemos una posterior explicación o exégesis sobre la relación de su gobierno y los hechos de los hombres; y ¿quién somos nosotros para que no lo respetemos? Será preciso aceptar ambas cosas, y permanecer creyéndolas por fe.

En los acontecimientos en torno a la cruz de Jesús y en las posteriores alusiones a la misma, volvemos a encontrarnos con ambas cosas. Los evangelistas relatan detalladamente la actuación enemiga de los líderes judíos contra el Señor. Los cuatro se esfuerzan en expresar con detalle el apresamiento, condena y crucifixión de Jesús. De forma clara revelan el papel maligno que en ello desempeñaron los fariseos y los escribas. Estos hombres buscaron conscientemente la muerte de Jesús, hicieron planes para quitarlo de en medio, se valieron de Judas y a Pilato le exigieron la sangre del Nazareno.

Ellos lo hicieron.

Por eso, en Pentecostés, la acusación del apóstol Pedro va dirigida con toda justicia en su dirección: “*Vosotros israelitas,..., prendisteis y matasteis (a Jesús) por manos de inicuos, crucificándole...*); y un poco más adelante Pedro vuelve a este asunto, y repite con toda energía: “*...a este Jesús a quien vosotros crucificasteis...*” (Hch. 2:23 y 36).

63





¿POR QUÉ TANTO SUFRIR?

Ellos eran los culpables, y llevaban la responsabilidad de tal injusticia. Pero, entre tanto, eso no quita que Pedro añada inmediatamente, que ello había ocurrido según *“el determinado consejo y anticipado conocimiento de Dios”* (v. 23). Más tarde, también la iglesia de Jerusalén reconoce la mano de Dios en este terrible acontecimiento, cuando de ella se lee: *“Porque verdaderamente se unieron en esta ciudad contra Tu santo Hijo Jesús, a quien ungiste, Herodes y Poncio Pilato, con los gentiles y el pueblo de Israel, para hacer cuanto Tu mano y Tu consejo habían antes determinado que sucediera”* (Hch. 4:27-28).

Los dirigentes judíos hicieron lo que el consejo y la mano de Dios habían dispuesto de forma determinante, pero el Espíritu Santo, no por esto rebaja o disminuye la responsabilidad de aquellos dirigentes y del mismo Poncio Pilato. Ellos fueron culpables de la muerte en la cruz de nuestro Señor, y el mismo Jesús no deja lugar a dudas al respecto. Él se da cuenta de la culpabilidad de ellos y por eso ora: *“Padre, perdónalos...”* (Lc. 23:34). Pero, al propio tiempo y durante aquel dolor suplicó según aquellas palabras del Salmo 22: *“Dios mío, Dios mío ¿por qué me has desamparado?”* (Mt.27:46).

Aquí surgen preguntas a las cuales no podemos responder concluyentemente, y las cuales también podrían depender de nuestra manera de pensar occidental y su impronta racionalista. Pero, sea como fuere, estos interrogantes se disipan y hacen que nos inclinemos con fe ante las Sagradas Escrituras, y con una humilde profesión de fe de que ambas cosas son verdad: el hombre lo hace y, al propio tiempo, la mano de Dios está allí presente de forma decisiva.

¡La Palabra de Dios es la Verdad!





ADRIAN J. MOGGRÉ

En días de dicha y prosperidad

El reconocimiento de que Dios rige todas las cosas, y que su mano está presente en todos los acontecimientos de la vida, tanto grandes como pequeños, lleva consigo que en el cotidiano bienestar o malestar te ves confrontado con el SEÑOR, hablas de ello y actúas consecuentemente; y en esto mismo me gustaría fijar la atención.

Este punto y el siguiente quieren expresar lo que la iglesia, domingo 10 del Catecismo de Heidelberg, profesa: “Que en toda adversidad tengamos paciencia, y en la prosperidad seamos agradecidos, y tengamos, en el futuro, toda nuestra esperanza puesta en Dios nuestro Padre fidelísimo.” “*A Él conviene la alabanza*” (Biblia Nacar/Colunga, BAC, 1961) canta el salmista (Sal. 147:1), y la iglesia cristiana hace bien al no olvidarlo; pues corresponde a los cristianos el mantener una actitud de vida gozosa y despreocupada ante el Dios de su vida. Su Padre celestial, en su benevolencia, conduce su vida día a día, y esto confiere seguridad y paz. Como cristiano, se puede ir por la vida agradecido y gozoso en los días felices, y tener el corazón rebosante de la alabanza para con el Padre de las luces, del cual desciende a la tierra todo buen don (cf. Sal. 103). ¿Y habría un versículo de los Salmos más conocido que éste?

Estimado lector, ¿este alabar al SEÑOR te parece un

65





¿POR QUÉ TANTO SUFRIR?

asunto claro y de lo más natural? Si fuera así, entonces sería que no conoces las Escrituras ni te conoces a ti mismo. No es una acción tan lógica y natural, y la historia de la iglesia cristiana confirma la lección de la Biblia, es decir, que la iglesia, en los días de dicha y prosperidad, fácilmente se olvida o deja a un lado al SEÑOR. Y la consecuencia de esto es que Él no tiene o recibe de ella lo que le corresponde, y puede lamentarse como en los días del profeta Malaquías: “*Si, pues yo soy padre, ¿dónde está mi honra?*” (Mal. 1:6).

Este alabar y agradecer al SEÑOR no era algo lógico y natural para Moisés, pues por eso mismo él, ya casi a la puerta del país prometido, amonestó al pueblo que no se olvidasen de Dios cuando les fuera bien en el nuevo país. El desagradecimiento no es sólo la paga del mundo sino también, frecuentemente, la paga de los cristianos para con su Dios y bienhechor. Es necesaria la gracia para vivir agradecidos al SEÑOR con humildad y sencillez de niños, y para alabar diariamente su bondadosa mano paternal cuando tienes el viento en contra. Ciertamente, este no es un asunto fácil y natural.

La Biblia misma no lo oculta, y hace ver claramente que los tiempos de prosperidad no son los mejores para el pueblo de Dios. Así, por ejemplo, podemos leer que Israel dio marcha atrás cuando vivió bien, y abandonó a Dios. Agur, pues, se dio cuenta de este peligro, y por eso oró así “*No me des... riquezas; no sea que me sacie y te niegue, y diga: ¿quién es el SEÑOR?*” (Prov. 30:8-9). Al leer esto, abrimos los ojos un tanto extrañados. ¿Quién ha oído orar jamás en la iglesia o fuera de ella: “Señor, no nos hagas ricos, pues apenas podemos soportar medianamente tal dicha”?





ADRIAN J. MOGGRÉ

Por otra parte, no sólo los cristianos se alegran de los buenos dones. Esto es propio de la gente normal. El nacimiento feliz de un niño sano trae alegría a cualquier hogar, sea creyente o no. La diferencia entre el creyente y el no creyente no consiste o resulta de que el uno sea feliz y el otro no lo sea con las buenas cosas de la vida. La diferencia hay que buscarla en otra parte; y consiste precisamente en esto: que un cristiano verdadero sabe que la mano de Dios actúa en los acontecimientos de aquí abajo, y por eso se goza en el SEÑOR por ese nacimiento feliz. De esto dan testimonio las tarjetas que se envían para participar a amigos y hermanos en la fe el nacimiento de un hijo. Quienes conocen al SEÑOR por medio de las Escrituras reconocen a su Padre celestial en el bien que gozan, y reciben un niño sano como una atención bondadosa del SEÑOR. Esto es precisamente lo que les hace felices. Este gesto divino es lo propio y verdadero de su gozo, y por esto este gozo es de otra naturaleza y más profundo que la alegría de los no cristianos. Los primeros no solo están alegres por lo que reciben, sino más aún porque el Dador divino pensó en ellos y se lo dio. Por tanto, en este caso, la Biblia habla de gozo en el SEÑOR.





¿POR QUÉ TANTO SUFRIR?

En días de contrariedad y desdicha

El hecho de que la Palabra de Dios haga mención, en muchas de sus páginas, de la presencia de la mano de Dios en el dolor, ya llamó nuestra atención. Ahora bien, esto debe decirse también del dolor en la enfermedad y el sufrimiento; y no puede negarse que las Sagradas Escrituras en más de una ocasión establecen relación directa entre pecado y enfermedad. Con esto último no me refiero a la conexión general entre pecado y sufrimiento, en el sentido de que por el pecado ha entrado la muerte en el mundo, y que por causa de ese pecado nos sobreviene toda clase de penas y miserias, y todo lo que aún nos espera. No; no me refiero a eso concretamente o en sentido general, sino muy en especial a que el SEÑOR castiga determinados pecados con esta o aquella enfermedad determinada. Como se suele decir, no es posible negar que la Biblia tiene constancia de esto y lo menciona.

Llegados a la frontera del país prometido, Moisés tuvo que avisar a los israelitas del castigo con que el SEÑOR les visitaría si no obedecían. Así pues, pronunció estas escalofriantes palabras: "...Jehová te herirá con la úlcera de Egipto, con tumores, con sarna, y con comezón de que no puedes ser curado. Jehová te herirá con locura, ceguera y turbación de espíritu..." (Dt. 28:27-28).

68





ADRIAN J. MOGGRÉ

Dios mismo castigó a Miriam con lepra por su rebelión contra Moisés (cf. Num. 12:10). Giezi y el rey Uzías fueron castigados por el mismo mal; el uno por su afán de dinero, y el otro porque entró en el lugar santo a reemplazar el ministerio de los sacerdotes (cf. 2 Re. 5:22 y ss.; 2 Cro. 26:16 y ss.). Elías tuvo que decir por carta al rey Joram que Dios le castigaría con una grave enfermedad intestinal (cf. 2 Cro. 21:12-20).

¿Que esto es típicamente veterotestamentario? Con este tópico se pretende desentenderse del testimonio mencionado por las Escrituras. Pero esto no acaba aquí. También el Nuevo Testamento señala esa relación directa entre pecado y enfermedad. Al hombre que durante 38 años yacía junto al estanque de Betesda dijo Jesús tras su curación: *“Mira, has sido sanado; no peques más, para que no te venga alguna cosa peor”* (Jn. 5:14). Conocido es el escrito en 1 Cor. 11. En este capítulo, Pablo habla acerca de los desórdenes en la celebración de la Santa Cena, y lo señala como el trasfondo y el origen de curiosos fenómenos de enfermedad y casos de muerte en la iglesia; pues comían y bebían para sí un juicio, de tal manera que el Apóstol escribe: *“Por lo cual hay muchos enfermos y debilitados entre vosotros, y muchos duermen (= mueren)”* (1 Cor. 11:20).

A este respecto, también es importante atender a lo que el Señor manda escribir a la iglesia de Tiatira, vista la manera pecaminosa de obrar de la falsa profetisa, Jezabel; y así el Señor Jesús dictó a su siervo Juan: *“He aquí, Yo la arrojo en cama, y en gran tribulación a los que con ella adulteran, si no se arrepienten de las obras de ella. Y a sus hijos heriré de muerte...”* (Ap. 2:22 y ss.).

Este testimonio bíblico de Apocalipsis 2 no es susceptible





¿POR QUÉ TANTO SUFRIR?

de dos clases de exposición, pues establece una relación clara y marcada entre lo que el Señor hace, y la actuación pecaminosa en la iglesia. De forma indudable, aquí se indica la relación entre la actuación vindicativa de Cristo, y el pecado en la iglesia. Además, es notorio que el Señor, según este testimonio bíblico, hace saber, al mismo tiempo, que su castigo a la iglesia de Tiatira es un cachete en la mejilla para las otras iglesias de alrededor; pues, con lo que allí ocurrió, -según se puede leer- las iglesias limítrofes podían descubrir que el SEÑOR tomaba en serio y castigaba el pecado en su iglesia. De los casos de enfermedad y muerte en la iglesia de Tiatira, las iglesias circundantes en Asia Menor podían concluir que su glorioso Señor condenaba a la de Tiatira por los pecados de Jezabel y su conducta; o para decirlo con las mismas palabras del Señor: “...y todas las iglesias sabrán que Yo soy el que escudriña la mente y el corazón...” (Ap. 2:23). Con estas palabras, Cristo hace saber que iglesias como las de Efeso y Esmirna pueden llegar a la conclusión, por los casos de enfermedad y muerte ocurridos en medio de su iglesia en Tiatira, que el Señor pasó entre ellas castigando y haciendo algo muy grave. Si, a pesar de esto, alguien convierte al gobierno de Dios en un misterio o algo oculto para la iglesia cristiana, ese tal estaría calificando estas palabras de nuestro glorioso Maestro como expresiones vanas y vacías, como palabras sin contenido.





ADRIAN J. MOGGRÉ

Testimonio doblemente verdadero

Por otra parte, con la relación establecida por la Biblia entre pecado y enfermedad, no está dicho todo. También se pueden poner sobre la mesa algunos textos que suenan de forma diferente. Más adelante presentaré un par de ellos. Pero no lo hago con la intención de borrar, mediante estos textos, las palabras de la Escritura mencionadas anteriormente.

La Palabra de Dios que se refiere al castigo del pecado con enfermedad y muerte, como en Corinto y Tiatira, permanece perfecta y totalmente vigente al citar un par de pasajes con otro sentido. El mensaje divino acerca de Miriam, Gieci, Uzías, Joram, Herodes, y las iglesias de Corinto y Tiatira, no se puede anular indicando un par de textos que orientan en otra dirección. Así no se debe ni se puede tratar a las Sagradas Escrituras.

Hecha esta salvedad, pongo mi atención en las desgracias de Job. Este hombre era sincero y piadoso, temeroso de Dios y enemigo del mal (cf. Job 1:1). En este caso, no se puede hablar de relación alguna entre pecado y desgracia. También es necesario recordar la historia relatada en Juan cap. 9, con la pregunta de los discípulos: *“Rabí, ¿quién pecó, este o sus padres,...?”* (v.2). La respuesta de Jesús sonó así: *“No es que pecó este, ni sus padres, sino para que las obras de Dios se manifies-*

71





¿POR QUÉ TANTO SUFRIR?

ten en él" (v.3). Aquí se percibe otra intención, pero un texto no excluye al otro. Tampoco se precisa buscar una verdad de regla de tres –diría yo–, para salir del atasco, pues semejante verdad es una construcción humana, y no una verdad de Dios.

Por consiguiente, nos hallamos ante un testimonio textual de dos clases, y son dignas de mantener, para afirmar la plena verdad de Dios. Tanto en un caso como en otro, nos hallamos ante un mensaje divino. En Corinto se trata de enfermos y algunos muertos bajo el juicio vindicativo del Señor por causa de los pecados en la iglesia; el ciego de nacimiento había venido al mundo con aquella limitación, para que en él se pusieran de manifiesto las obras de Dios. Además, aún se pueden citar otras posibilidades. El Señor dejó a Pablo un aguijón en su carne para que no se envalentonara demasiado, y para que, al mismo tiempo, se manifestara que el poder de Dios se revela en la debilidad (cf. 2 Cor. 12:7-9). Igualmente debe decirse, que toda la humanidad padece lo quebradizo de esta vida en general, y que transcurre bajo el lastre de las consecuencia del pecado. Por un hombre entró el pecado en el mundo, y por el pecado la muerte, y así también el desgaste y el desgarró y la muerte han pasado a todos los hombres, porque todos pecaron (cf. Ro. 5:12). Aún siguen todas las madres trayendo con dolor sus hijos al mundo; y todos nosotros andamos errantes y sudamos por nuestro pan cotidiano, el uno mas que el otro. Pero todo esto no ocurre fuera de la disposición de Dios y su gobierno; en todo ello está su mano en cada momento.

Las Escrituras hablan de forma viva y variada acerca del sufrimiento en este mundo, y esto pone en claro que la lista de sabios superficiales como los amigos de





ADRIAN J. MOGGRÉ

Job, los fariseos y discípulos, en Juan 9, es inagotable; si bien la Biblia les corta el paso. Sin embargo, es preciso tomar en serio toda esa variada enseñanza, pues no permite la conclusión de que jamás una enfermedad determinada u otro sufrimiento concreto pueda ser experimentado y vivido como castigo por un pecado propio o de la iglesia a la que se pertenece. Por eso, como cristianos, en días de desdicha y contrariedad será preciso caminar prudentemente con el fin de caminar en la propia senda con un trato tierno e íntimo con el SEÑOR y cerca de las Sagradas Escrituras. En actitud de oración y en tales circunstancias, uno se ha de preguntar si va por camino pernicioso. Un ejemplo de semejante autoexamen se encuentra en Job, el gran doliente de Uz. Job, asentado en una indescriptible miseria, repasa sus caminos (Job 31). ¿Había dejado engañar su corazón por una mujer, o había dejado sin socorro a los pobres, o había desdeñado ayudar a las viudas? ¿Sufrían sus criados injusticias sociales? En este justo no había camino pernicioso. No tenía nada de que acusarse, y sinceramente podía testimoniar su inocencia. Pero, ¿qué, si no es así? La respuesta del domingo 10 del Catecismo de Heidelberg nos dice que en días de adversidad se debe tener paciencia. Sí, en días semejantes, el cristiano paciente se inclina ante el derecho de su Dios; se tapa la boca y pone en guardia su propio corazón, para procurar que no se desborde de amarga rebeldía y pronuncie palabras altisonantes contra el Altísimo. Para días de contrariedad y dolor, el apóstol Pedro aconseja así: *“Dios resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes. Humillaos, pues, bajo la poderosa mano de Dios, para que Él os exalte cuando fuere oportuno”* (1 Pe. 5:5-6). Cerca del SEÑOR hay mi-

73





¿POR QUÉ TANTO SUFRIR?

sericordia para todo aquel que confiesa y deja su pecado (cf. Prov. 28:13). El derecho de Dios reconoce, pues, el camino de quien respeta su forma de actuar con sus hijos; y nuevamente se puede esperar salvación, aunque sea preciso reconocer que la misericordia de Dios sólo se puede esperar en lo profundo de la humillación. El SEÑOR no rechaza un corazón contrito y humillado (cf. Salmo 51:17).





ADRIAN J. MOGGRÉ

Sigue su fe

El SEÑOR impera, y su mano dispone la marcha de las cosas aquí abajo. Enseñada por las Sagradas Escrituras, la iglesia cristiana sabe que es así; y por esa razón, los hijos de Dios han de contar con su Padre celestial en días prósperos y adversos. En muchas situaciones experimentan la mano de Dios. Con razón, pues, el domingo 10 del Catecismo de Heidelberg profesa que la mano de Dios está en todo lo que ocurre, también en la contrariedad y el dolor. Esto ya lo hemos señalado suficientemente desde las Escrituras, aunque podríamos aumentar las citas. Por tanto, la mencionada profesión de fe también hoy día estará en condiciones de interpretar la fe la iglesia. El domingo 10 de dicho Catecismo habla con justicia del SEÑOR. Él fue quien dio a Pablo un aguijón en su carne - un mensajero de Satanás- que le azotara; y el propio Señor juzgó como bueno que el Apóstol padeciese ese aguijón y no quiso escuchar su oración, para que le librara de ella (cf. 2 Cor. 12:7-10). Él , pues, da y quita; y con razón la iglesia cristiana ha escuchado constantemente esta enseñanza de las Escrituras; y muchos, a lo largo de los siglos, han seguido la fe de sus predecesores. A éstos debemos tenerlos presentes en nuestros pensamientos, según dice el autor de la carta a los Hebreos; y por este motivo señalo un par de ellos que nos precedieron en el

75





¿POR QUÉ TANTO SUFRIR?

reconocimiento de la mano de Dios en el dolor, y a este respecto enseñaron conforme a las Sagradas Escrituras.

En primer lugar, señalo lo que el Dr. S. Greydanus escribió durante la primera guerra mundial (1914/1918).

“La mano de Dios actúa en todo lo que ocurre; también en lo doloroso y temible que le acontece al hombre, al pueblo o a la humanidad. *“¿Habrá un mal en la ciudad que no haga el SEÑOR?”* (cf. Amos 3:6). *“Yo formo la luz y creo las tinieblas; Yo hago la paz y creo la desgracia; Yo el SEÑOR, hago todas las cosas”* (Is. 45:7). Por eso también los creyentes y la iglesia, frente a aquello que les ocurre por medio de la intervención de otras criaturas, respecto a injusticia o a angustia, deben dar muestras de que se comportan de forma distinta que los que son del mundo. En todo esto deben tener su mirada puesta en el SEÑOR. Pero también se ha de reconocer la culpa y el error de las criaturas como lo que son; pues, por ejemplo, también David ordenó a Salomón que Simeí recibiera su justo castigo (1 Re. 2:8-9); así que no debemos dejar a un lado al SEÑOR por causa de la criatura, sino, antes al contrario, tenerle muy presente.

Por tanto, la iglesia y los creyentes, en particular, deben considerar, tomar, pensar, hablar, ser y comportarse de forma diferente ante el trato injusto y mortificante. Se ha de recibir y sufrir como proveniente de la mano del SEÑOR. Hay que considerar profundamente por qué y para qué el SEÑOR lo hizo de esa manera. No hay que lamentarse con mal humor; sino que entonces se deben doblar las rodillas e inclinar la cabeza ante el SEÑOR. Hay que clamar al SEÑOR por su gracia y socorro. Entonces Él querrá volver a ayudar y a ensalzar a su tiempo” (Nota: “Schriftoverdenkingen”, Págs. 51-52).





ADRIAN J. MOGGRÉ

Como segundo predecesor cuya fe es preciso seguir, cito a Juan Calvino; y dirijo mi recuerdo a lo que escribió en su comentario al Salmo 39:9. Este versículo dice: *“Enmudecí, no abrí mi boca, porque Tú lo hiciste”*. Ante estas palabras, Calvino se expresa así: “Este lugar contiene una lección muy práctica, es decir, que nada hay mas apropiado para dominar los accesos de dolor, que recordarnos que no tenemos que vérnoslas con un hombre mortal, sino con Dios que siempre mantiene su justicia frente a hombres quejosos y murmuradores, incluso frente a aquellos que gritan toda clase de necias exclamaciones; pues, ¿por qué la mayoría de las gentes caen en tanta impaciencia, si no es porque no se dan cuenta que pelean contra Dios? Pues cuando les sobreviene algún mal, algunos lo achacan a la casualidad, otros lo atribuyen a los hombres, y otros se imaginan como origen del mismo toda clase de razones. Entonces no se está reconociendo la más mínima intervención de la mano de Dios en ello; pero se toman la libertad de hacer oír toda clase de atrevidas quejas. Por el contrario, David se dirige a Dios para prevenir todas las desviaciones equivocadas y pecaminosas, y señala que él debe enmudecer, porque, aunque incomprensiblemente, le ha venido de Dios todo aquello que él tiene que sufrir, reconoce que el SEÑOR lo provocó, y se impone a sí mismo la ley del silencio; de todo lo cual debemos aprender que esto es uno de los principales ejercicios de la fe, a saber, humillarse y someterse bajo la mano poderosa de Dios, y descansar silenciosamente en sus juicios”

77





¿POR QUÉ TANTO SUFRIR?

El temor del SEÑOR

EL SEÑOR fue para Su pueblo un Dios perdonador, aun a pesar de que ejerciera una vindicación sobre sus hechos. El poeta del Salmo 99 glorifica al Dios de Israel con palabras semejantes a estas: El SEÑOR es justo; juzga a los pueblos y a las naciones con su justicia; por eso ha de ser temido por todo aquel que actúa impíamente, o hace injusticia y se vuelve contra Él. El primer mundo experimentó esto, y después muchos pueblos lo han sufrido dolorosamente. En efecto, nuestro Dios es digno de ser temido. La Biblia trata con frecuencia acerca de este temor del SEÑOR. ¿Quién no conoce, por ejemplo, las palabras tan a menudo citadas: *“El temor del SEÑOR es el principio de la sabiduría”*? (Prov. 1:7). Una vida en el temor del SEÑOR es una nota esencial de una fe viva. De ahí que para todo cristiano sea tan importante tener siempre presente lo que se da a entender con ese temor del SEÑOR. ¿Qué nos dice la Palabra de Dios al respecto? Cuando las Sagradas Escrituras se ocupan de este temor del SEÑOR, quieren significar que hay que dirigir la mirada llena de respeto y veneración hacia el Padre celestial, Creador del cielo y tierra. Con esto se entiende que uno se halla en una situación delicada respecto al Señor por andar en camino equivocado, y porque el pecado ha hecho presa en la vida de uno; pues

78





ADRIAN J. MOGGRÉ

un niño se encuentra en apuros con su padre cuando ha hecho alguna diablura. Lo mismo ocurre con los verdaderos hijos de Dios. Son desobedientes al SEÑOR, se dejan arrastrar y engañar hasta cometer acciones malas, y entonces no están tranquilos y lo pasan mal interiormente. Su conciencia les acusa y tienen miedo a la ira y castigo de Dios, y se disponen a contárselo al SEÑOR. Con toda intención, pues, señalo la angustia del niño ante su propio padre, porque aquí es preciso distinguir muy bien. El temor del SEÑOR: este concepto no quiere indicar, en modo alguno, el pánico angustioso del esclavo a las arbitrariedades de su duro e inhumano señor; como tampoco es comparable y conjugable con la angustia del ciudadano indefenso ante brutales caprichos y rudas ansias de poder de un dictador tiránico. Con la expresión “el temor del SEÑOR”, la Palabra de Dios da a entender el respeto filial hacia el SEÑOR, el cual se convierte en verdadero temor o angustia, en una vida en el pecado. David temió a Dios y, tras su adulterio con Betsabé y el homicidio de Urías, tuvo verdadero miedo por las consecuencias. ¿Haría Dios, en Su justa ira, que su vida terminara como la de Saúl, su predecesor? Esto acongojaba a David, y por eso suplicó: “*No quites de mi tu Santo Espíritu*” (Salmo 51:11). Así le había ocurrido a Saúl, y David lo había vivido muy de cerca, y no fue poco lo que había sufrido por lo mismo. EL SEÑOR había quitado Su espíritu de Saúl, y había entregado al monarca a un mal espíritu. Fue algo horrible. Los últimos años del gobierno del rey Saúl se convirtieron en un montón de miserias. ¿También a David le ocurriría ahora otro tanto, después de su pecado con Betsabé? Temió por ello, y en aquella necesidad suplicó al SEÑOR el perdón, y

79





¿POR QUÉ TANTO SUFRIR?

rogó que Dios no quisiese apartar de él su Santo Espíritu. Fue un clamor desde lo profundo de una conciencia sin paz y en angustia por el castigo merecido. En esto consiste la vida o el vivir en el temor del SEÑOR: una vida a la que más tarde el apóstol Pablo animó a los filipenses con estas palabras: *“Por tanto, ...ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor...”* (Fil. 2:12). También Pedro manda esto a sus lectores, y escribe: *“...conducíos en temor todo el tiempo de vuestra peregrinación...”* (1Pe. 1:17). De esta vida en el temor del SEÑOR, es natural que nada resulte o se produzca, si los cristianos juzgan y piensan que Dios jamás hace mal a nadie, y nada tiene que hacer con el mal en este mundo. Si el SEÑOR no controla el dolor y el sufrimiento, y tampoco mueve un dedo, ni ahora ni nunca, frente a aquellos que viven en el pecado, entonces sus hijos no tienen razón para temerle. Como tampoco se puede hablar de una vida según las Escrituras en el temor del SEÑOR, si no se quiere saber nada de la mano de Dios en el dolor. Esto es algo que no se puede compaginar. Quien no quiere oír que Dios dispone del mal, no teme al SEÑOR. Por lo demás, aún queda esta pregunta: ¿Quiere Dios el infierno? ¿o tampoco quiere ese sufrimiento? Pero, ¿quién, pues, seguirá temiendo aun al SEÑOR? ¿No se podrá decir de muchos cristianos lo que el mismo David expresa del impío en la iglesia del Antiguo Testamento: *“No hay temor de Dios delante de sus ojos”* (Salmo 36:1). Una vida en el temor del SEÑOR, –eso pide el SEÑOR; y así lo ha interpretado una buena exposición de Fil. 2:12: Una vida “con un sentimiento humilde de ti mismo, y con una diligencia grande y filial, temiendo que puedas





ADRIAN J. MOGRÉ

hacer o dejar de hacer algo con lo que puedas airar a Dios, o que pudiera ser contraproducente para la salvación”.

*“Servid a Jehová con temor,
y alegraos con temblor.
Honrad al Hijo, para que no se enoje,
y perezcáis en el camino;
pues se inflama de pronto Su ira”.*

(Salmo 2:11-12)





¿POR QUÉ TANTO SUFRIR?

No temáis lo que ellos temen

Con este mensaje el profeta Isaías insta a sus seguidores a que no vayan tras el miedoso pueblo de Jerusalén y su no menos aterrado rey. Con esto se refería al temor y temblor del pueblo y de la casa real por la violencia de la guerra sirioefraemita. Damasco y Samaria se conjuraron contra Jerusalén. La ciudad se hallaba en tal pánico que, según Isaías, el corazón del rey y del pueblo temblaba como los árboles del bosque por el viento (cf. Is.7:2). Por un lado, la angustia parece sentirse y comprenderse, pues el poderío del enemigo era grande, y sus intenciones serían indudablemente duras y salvajes. ¿Qué debía hacer el rey del pequeño reino de las dos tribus contra aquellos enemigos aliados? Por otra parte, la Palabra de Dios ofrecía esperanza. Isaías, en nombre del SEÑOR, había hecho ver que Él vendría en ayuda, y actuaría de forma salvadora. ¿Había, pues, a la luz de esta promesa de salvación, razón alguna para el pánico? ¿dónde estaba la fe? El rey Acaz no tenía bastante con la promesa del SEÑOR. Incluso el estímulo del profeta para pedir del SEÑOR una señal, no le pudo ayudar en su falta de confianza en Dios; y con una “piadosa” excusa rechazó la señal (cf. Is. 7:11-12). Acaz prefirió buscar apoyo entre los poderes visibles y palpables, en los carros de guerra y en los escuadrones de a caballo de Nínive; y así, ca-

82



rente de fe, se dirigió al rey de Asiria, y le pidió ayuda (cf. 2 Re. 16:1-20).

En este estado de cosas, Isaías se dirigió al círculo de los temerosos que le rodeaban (en el v.16 llamados “discípulos”), y les amonestó para que se distanciaran del pueblo acobardado, para que no temieran lo que el pueblo temía ni compartieran sus gritos de angustia (8:12-13). Así instó el profeta a sus amigos para que se desligaran de la censurable forma de pensar de la masa, la cual, entretanto y bajo la dirección de su jefe Acaz, se despreocupó de recibir la Palabra de Dios. Isaías estimuló a los discípulos a temer al SEÑOR, y no al amenazante poderío bélico del enemigo. Literalmente dice: *“No llaméis conspiración a todas las cosas que este pueblo llama conspiración; ni temáis lo que ellos temen, ni tengáis miedo. A Jehová de los ejércitos, a Él santificad; sea Él vuestro temor, y Él sea vuestro miedo”*.

Por consiguiente, se trataba de dos clases de temor. Por una parte, la angustia por la violencia de la guerra, de Acaz y de la mayoría del pueblo que, a una, gritaba escandalizado: ¡Una conspiración, una conspiración!, expresando lo que se les había atragantado y les atemorizaba. Por otra parte, en Isaías y los suyos, temor y temblor por el SEÑOR de los ejércitos, Dios de la historia. Éstos últimos temían más a Aquél que puede precipitar y perder alma y cuerpo en el infierno, que a aquellos que pueden matar el cuerpo.

Así pues, el mensaje de estas palabras debe salir a relucir: A la luz de este testimonio profético, se pone de manifiesto cómo la cristiandad, casi de manera masiva, no conoce al SEÑOR, y al leer las Sagradas Escrituras parece que tiene embotado el corazón (2 Cor. 3:15). ¡Parece



¿POR QUÉ TANTO SUFRIR?

como si en los problemas y tensiones propios ya no tuviera nada que ver con Dios! Quienes hacen la observación de que Él no controla el mal, como por ejemplo, los sufrimientos de la guerra, le sitúan fuera de juego; y como hizo el pueblo de Jerusalén en otros tiempos, esta cristiandad teme la violencia de la guerra sin prestar atención al SEÑOR, y no tiene en cuenta al Dios de los ejércitos. De este modo, los rasgos de esta cristiandad comienzan a parecerse cada vez más a los de aquel pueblo de Dios, del cual Isaías debió lamentar : *“Por tanto, derramó sobre él el ardor de Su ira, y fuerza de guerra; le puso fuego por todas partes, pero no entendió; y le consumió , mas no hizo caso”* (42:25). Por lo cual, ¡qué absurdo es seguir anunciando que el SEÑOR no dispone del mal! Mientras la cristiandad está justamente temerosa por la carrera atómica, la misma cristiandad, con su mentirosa profecía, resiste día a día a Aquél que dispone de la fuerza atómica. Mientras la cristiandad teme la violencia atómica -¡y con razón!-, provoca a aquel que hace estallar y concluir las guerras. La cristiandad tiene miedo de los terribles peligros de nuestros días, pero, entretanto, desacredita el matrimonio; se entrega al sexo, alcohol y drogas; asesina la vida no-nacida; enfrenta a hijos contra padres y a los súbditos contra las autoridades, y desprecia la convivencia con sentimientos revolucionarios y violencia destructora. Y, exactamente como en la Jerusalén de Acaz, se teme más a aquellos que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma, que a Aquél que puede destruir alma y cuerpo en el infierno (cf. Mt. 10:28). Se dice, que Dios no hace armas atómica. Eso es verdad. Tampoco los carros de combate de Benhadad, Tiglath Pilezer III y Nabucodonosor llevaban tal o cual





ADRIAN J. MOGGRÉ

marca de fabricación. Pero el SEÑOR, en su justo juicio, los tomó a su servicio para con ellos diezmar a los pueblos, de tal manera que –como dice Jeremías, 25:33– “...los muertos de Jehová... como estiércol quedarán sobre la faz de la tierra”. Nuestro Dios es un fuego abrasador, –avisó el escritor de la carta a los Hebreos (cf. He. 12:29); y contra ese muro, contra sus juicios, ningún pueblo puede cubrirse mediante armamentismo o desarme. “¡A la ley y al testimonio!”, dijo Isaías a este respecto, para después seguir: “Si no dijeren conforme a esto, es porque no les ha amanecido”. (8:20).





¿POR QUÉ TANTO SUFRIR?

Entender los tiempos

El reconocimiento de la mano de Dios en la historia también es de gran importancia para la comprensión de los tiempos. La Palabra de Dios también reclama atención a esta cuestión. Este es un asunto de vital importancia para la iglesia, a fin de obtener la visión de que el SEÑOR anda con ella en su propio sendero. ¿Qué hora señala el reloj de Dios, y qué hay que esperar según la Palabra profética? Son interrogantes que la iglesia cristiana no puede dejar pasar desinteresadamente. Incluso en el mundo de la incredulidad ya se habla de esto. En la asamblea de las Naciones Unidas, Kruschef gritó: -“¡La historia está con nosotros!” A su modo, parece que tenía una visión de lo que pasaba en el mundo, y quiso interpretar el curso de la historia. Ahora bien, se preguntará el cristiano, ¿en qué dirección empuja y obliga el SEÑOR a la historia? ¿Hacia qué camino se dirige Él con nuestro pueblo y con la cristiandad occidental? Es una pregunta que la iglesia no puede dejar de lado, sino que debe darle la atención e importancia que se merece. La siguiente pregunta puede ser preocupante: En la época en que vivimos y trabajamos, ¿Dios construye y destruye, planta y arranca, como dice Jeremías? La respuesta a semejante interrogante es de significado esencial para ver y saber lo que aún debes hacer. No todos los tiempos son iguales, y el

86





ADRIAN J. MOGGRÉ

Dios de la historia no hace lo mismo en todas las épocas. Los días de Moisés fueron distintos que los de Jeremías, y los de Hageo nuevamente diferentes. En tiempos de Moisés, el SEÑOR se dispuso a edificar y a plantar. Entonces fue a sacar de Egipto a los hijos de Abraham, Isaac y Jacob para llevarlos a la tierra prometida. Había llegado el momento histórico en que el SEÑOR decidió cumplir su antigua promesa. Muchos se dieron cuenta de ello, y vieron el futuro lleno de esperanza. El SEÑOR edificó y plantó. Pero en los días de Jeremías ocurrió de otra manera. La medida de los pecados de Israel estaba colmada, y el SEÑOR se levantó para poner fin a la felicidad de Israel en Canaán, aunque temporalmente. En aquella época, Dios rompió y arrancó, de tal manera que la ciudad y el templo serían pasto de las llamas. Entonces las cosas ocurrirían de otra manera que en los días de Moisés, David y Salomón. Los tiempos habían cambiado. La historia, o mejor dicho, el Dios de la historia ya no estaba por más tiempo con el pueblo. Jeremías tuvo visión de ello, y comprendió que esto tenía consecuencias para él mismo. De ahí que también el profeta, motivado por Dios, tuvo que decir que el pueblo no debía luchar en aquella ocasión, y que Jerusalén no debía defenderse, sino entregarse a Nabucodonosor, rey de Babilonia. Una apelación al pasado – a lo que Moisés y Josué habían hecho- no podía ser pertinente en una nueva situación de juicio o castigo. Ahora, el SEÑOR se disponía a romper y derribar (cf. Jer. 1:10-11; 18:7-10; etc.). En los días de Hageo y Zacarías, los tiempos fueron, una vez más, distintos. Entonces, el tiempo de dolor se había consumado; el pueblo había recibido el doble de la mano del SEÑOR por todos sus pecados. Enton-

87





¿POR QUÉ TANTO SUFRIR?

ces se había pagado la injusticia (Is. 40:1). De ahí que estos profetas, al contrario que Jeremías, podían volver a sugerir que tomaran en su mano la plomada y la paleta, y se dispusieran a reedificar. Entender lo que el SEÑOR hace en determinados tiempos, hace sabios. La comprensión de los tiempos va pareja con el hecho de que se obtiene una visión de lo que se debe hacer, tal como se menciona de los hijos de Isacar. Aquéllos, según 1 Crónicas 12:32, tenían experiencia en comprender los tiempos para saber lo que Israel debía hacer. Lo mismo se lee también acerca de los sabios de la corte del rey Asuero. Esther 1:13 dice de ellos que eran conocedores de los tiempos; y, sin duda, nuestro más grande Profeta y Maestro, durante su vida, sobrepasó en esto a los hombres mencionados, pues Él estaba ungido “*sin medida*” con el Espíritu Santo, de manera que, según leemos, no hizo otra cosa que lo que vio hacer al Padre (cf. Jn. 5:19). Él “*veía*” su obra y no tenía necesidad de nuevas instrucciones de acto en acto, ni paso a paso. ¿No quiere hoy el Espíritu Santo seguir conduciendo a la iglesia para “*ver*” lo que el Padre se ocupa en llevar a cabo? En el curso de los tiempos y en la apertura o desvelamiento del acontecer histórico, la mano de Dios es consciente y decisivamente presente. El célebre Prof. Dr. K. Schilder, dice: “La historia no es normativa, sino normalizante”. El Espíritu Santo concede a la iglesia, en las Sagradas Escrituras, más o menos visión de la mano de Dios en la marcha de los asuntos. Esto también es necesario para saber qué rumbo lleva, y lo que se debe hacer al respecto; y únicamente así es como la iglesia se ve liberada y prevenida del activismo carnal. El celo religioso ciego, la mentalidad de estar siempre como en una peregrina-





ADRIAN J. MOGGRÉ

ción, constituye, frecuentemente, un freno para seguir las huellas de Aquél que nada hizo sino lo que vio hacer al Padre. No hay siempre y eternamente tiempo oportuno para esto y aquello; y los cristianos que no aciertan a verlo así, se encuentran en una situación crítica. Los hermanos que nunca aprenden a mantener seca la pólvora, corren el peligro de semejarse a aquella iglesia que en tiempos de Jeremías era más ignorante y simple que la cigüeña, la tórtola o la golondrina, pues, al menos, estas aves conocen el tiempo de su venida (cf. Jer. 8:7); o vienen a parecerse a los judíos de tiempos de Jesús, a los cuales tuvo que decir: “*¡Hipócritas! Sabéis distinguir el aspecto del cielo y de la tierra; ¿y cómo no distinguís este tiempo?*” (Lc. 12:56). Por el contrario, feliz la iglesia que sabe ver la mano de Dios en todo lo que ocurre. Esa “Mano” enseña a tomar nota del desarrollo del acontecer histórico, y da visión para comprender los signos de los tiempos. Esta iglesia podrá solucionar el interrogante de lo que el SEÑOR quiere hacer con ella. Porque esta es la verdad: ¡Dios, el SEÑOR, gobierna!





¿POR QUÉ TANTO SUFRIR?

Conclusión

*“¿No sabéis? ¿No habéis oído?
¿Nunca os lo han dicho desde el principio?
¿No habéis sido enseñados desde que la tierra se fundó?
Él está sentado sobre el círculo de la tierra,
cuyos moradores son como langostas;
Él extiende los cielos como cortina,
los despliega como una tienda para morar.
Él convierte en nada a los poderosos,
y a los que gobiernan la tierra hace como cosa vana.
Como si nunca hubieran sido plantados,
como si nunca hubieran sido sembrados,
como si nunca su trono hubiera tenido raíz en la tierra;
tan pronto como sopla en ellos se secan,
y el torbellino los lleva como hojarasca.
¿A qué, pues, me haréis semejante
o me compararéis?
dice el Santo.
Levantad en alto vuestros ojos,
y mirad quién creó estas cosas;
Él saca y cuenta Su ejército;
a todas llama por sus nombres;
ninguna faltará;
tal es la grandeza de Su fuerza,
y el poder de Su dominio.*

90





ADRIAN J. MOGRÉ

*¿Por qué dices, oh Jacob,
y hablas tú, Israel: Mi camino está escondido en Jehová,
y de mi Dios pasó mi juicio?
¿No has sabido,
no has oído que el Dios eterno es Jehová,
el cual creó los confines de la tierra...?
(Isaías 40:21-28)*

